Fotos

AÑO IV NÚM. 175

MADRID
6 DE JULIO DE 1940

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

EN ESTE NUMERO

La hegemonía de Inglaterra en peligro
Por J. Díaz de Villegas

•

Marruecos, horizonte de nuestro resurgimiento económico
Por M. Tejero

•

Vuelta a la historia. El asalto a Inglaterra
Por Augusto Martínez Olmedilla

•

Vida heroica y muerte ejemplar de Italo Balbo
Por Claudio Astiu

•

Italo Balbo en Trípoli
Por Ferrán

•

Lección de la tierra y gracia de la espiga
Por Abel Boscan

•

El episodio de Mers-El-Kebir. Ataque inglés a la flota francesa en aguas de Orán
(Gran información de última hora)

•

Un niño
Cuento por Francisco de Cossío. Ilustraciones de USA

•

Pantalla, libros, modas y otras informaciones y reportajes de extraordinario interés y actualidad

50 cts

EL EPISODIO DE MERS-EL-KEBIR

Sobre la cubierta del «DUNKERQUE»

El almirante Gensoul, a bordo del buque almirante francés «Dunkerque», que, con otros barcos de la misma nacionalidad, se encontraba en aguas de Orán, y que han sido objeto de la brutal agresión por parte de los ingleses en la mañana del jueves último. El «Dunkerque» y el «Provenza» fueron hundidos, y el «Strasburgo» y parte de la flota lograron arribar a Tolón

AVISO La Casa SOLRIZA, en su constante afán de velar por los intereses de su clientela, y con el fin de evitar confusiones en perjuicio de la misma y del público en general, insiste, haciendo saber que la verdadera y única PERMANENTE SOLRIZA es siempre sin aparato ni electricidad, y que sus saquitos no son legítimos si no llevan nuestra auténtica marca. Al propio tiempo comunicamos, además, que, salvaguardando nuestras patentes y marcas, haremos uso de todos nuestros derechos contra aquellos desaprensivos que, diciendo utilizan nuestras marcas, emplean en su trabajo productos ilegítimos.

BARCELONA
MADRID

ALICANTE
ZARAGOZA

AÑO IV NÚM. 175
MADRID, 6 DE JULIO DE 1940

fotos

DIRECTOR:
MANUEL FERNANDEZ-CUESTA

Una recientísima fotografía de Winston Churchill, saliendo del Almirantazgo con el general Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor inglés

EL DECLIVE DEL IMPERIO INGLES

La hegemonía británica en peligro inmediato

La guerra se va a desplazar, verosímilmente, a suelo inglés. Así lo han querido los acontecimientos. La vieja Inglaterra, la del espléndido aislamiento, la soberbia Albión, va a convertirse en campo de batalla... Pero, ¿qué es y qué representa y significa la Gran Bretaña?

Inglaterra es un pequeño archipiélago centro occidental europeo, que apenas si mide 313.000 kilómetros cuadrados, esto es, algo más de la mitad de la península ibérica. Las dos principales islas del archipiélago, la Gran Bretaña e Irlanda — la mayor extensión de esta última pertenece al Estado libre de tal nombre, neutral en la actual contienda — miden alrededor de la cuarentava parte de Europa. Puebla el archipiélago una población sensiblemente doble de la de España.

Tan pequeño país, aunque bien poblado, no es a la postre sino la cabeza de un inmenso imperio colonial; el Gran Cuartel General de la todo un mundo entrelazado por una red espesa de rutas y bases aéreas y navales y cuyos terminales se diseminan por los más lejanos y remotos países del orbe.

Inglaterra es, en efecto, un «estado-pulpo», cuyos tentáculos alcanzan los lugares más recónditos del planeta. De ahí su gran potencia. Y su enorme debilidad. No hay paradoja. La estructura del mundo británico es singularmente compleja y heterogénea. He aquí en esquema la constitución del Estado inglés: se compone éste del Gran Cuartel General, como decíamos, formado por la Gran Bretaña e Irlanda del Norte — la provincia del Ulster —, teniendo como elementos integrantes del gran Estado citado, primero los «Dominions», esto es, los Dominios; las Colonias, los Protectorados, los Mandatos y, en fin, para que nada falte, los países autónomos... pero puestos bajo la influencia del «Foreign Office».

Los Dominios son cinco: el Estado Libre de Irlanda, Australia, Nueva Zelanda, el Canadá y la Unión Surafricana. Todos estos Estados satélites tienen, evidentemente, una cierta personalidad autónoma. Cuentan, con frecuencia, con Ejércitos y Marinas propios, con monedas para su uso exclusivo, se rigen por leyes diferentes y disponen a su antojo del régimen de sus aduanas. Algunos tienen hasta colonias, o mandatos. Tal es el grado de sapiente cordura a la que ha llegado la política inglesa, consciente del pujante despertar de estos países nuevos y... consciente, también, de la creciente decrepitud de la madre patria.

Hay, además, «Colonias» con Gobierno responsable, que tienen incluso parlamento como la India, Terranova, Rhodesia del Sur y los territorios africanos próximos, y otras Colonias, llamadas de la Corona dependientes de modo más directo del Gobierno de Londres. Tales son el Africa occidental, la Somalia inglesa, la Guyana, Honduras, las Antillas inglesas, Ceylán, la Malasia británica y, en fin, un gran número de puertos, colonias y bases-escalas repartidos por todo el mundo.

Los «Protectorados» son otra fórmula de la dominación ingl

Gort, jefe supremo del Ejército británico, en compañía de Antony Eden, el ministro de la guerra inglés
(Fots. Pando)

a en el mundo. Cuente el lector entre ellos los Estados indígenas de la India, la Malasia, el Norte de Borneo, etc., y en fin, los «Mandatos» es la última de las etiquetas con la que se cubre, en esta ocasión, territorios de variada procedencia, sin que falten las provinentes del despojo, en Versalles, a Alemania. Estos Mandatos han sido conferidos a Inglaterra — en parte — con la complicidad de la Sociedad de Naciones de Ginebra.

Son territorios de Mandato las antiguas colonias alemanas del S. O. y del S. E. de Africa, Somoa, Nueva Guinea, y, en fin, la Palestina y la Transjordania.

Por último quedan los países puestos bajo la influencia británica. Cuente el lector el Irak entre éstos, y, en fin, Egipto, con el que comparte el territorio del Sudán y en cuyo país — el Egipto — mantiene guarniciones militares.

Allí está el Canal de Suez, e Inglaterra ha gustado siempre de guardar todas las rutas, las propias y las de los enemigos...

En total, Inglaterra se ha constituído un Imperio a costa de audacia y de desenvoltura, que comprende una superficie de 38.000.000 de kilómetros cuadrados, es decir, un tercio de todas las tierras del mundo, casi cuatro veces Europa, ochenta veces la superficie de España y ciento cincuenta la de la propia Inglaterra.

Este Imperio, enorme, está poblado por 500.000.000 de habitantes, esto es, por la cuarta parte de la población del globo.

Tal es el colosal mundo inglés, cuya cabeza visible, el Gran Cuartel General del Imperio, es esa pequeña isla del occidente europeo hacia la cual van a saltar, muy probablemente en breve, los soldados del Reich. El golpe es certero. Y audaz. Ciertamente.

Pero, a la verdad, el Imperio británico es demasiado amplio, demasiado grande para no ofrecer fallas. Veámoslas:

Por de pronto, de la enorme población del Imperio británico sólo podríamos separar 75 millones de hombres realmente civilizados. Es decir, una cifra menor que la población alemana. Otro grave signo de la inferioridad del imperio inglés, desde el punto de vista humano, es su gran dispersión por todo el mundo. Mientras que Alemania es un bloque, el Imperio inglés es un «puzzle». Falta en él verdadera cohesión. Carece de unidad.

Cierto que los recursos económicos del Imperio son enormes. Alimenta éste: el 72 por 100 del oro del mundo, el 42 por 100 del estaño, el 86 por 100 del níquel, el 28 por 100 del trigo, el 50 por 100 del azúcar de caña, el 60 por 100 del cacao, el 70 por 100 de la lana, el 59 por 100 del caucho, el 30 por 100 de la pasta de papel... Posee recursos ganaderos — singularmente de ganado ovino y bovino — inmensos; pero también estas riquezas están dispersas y lejos. En realidad, estos recursos, así presentados en globo, son una ficción.

El que lee debe de interpretar al Imperio, como indicamos, cual un Gran Cuartel General, enlazado con elementos distantes y dispersos.

Es de esencia, por tanto, la conservación de las comunicaciones. El 27 por 100 de la Marina mercante del mundo lleva pabellón inglés. La mitad de los cables submarinos del Globo son propiedad de Compañías británicas. Son enormes las longitudes de las líneas servidas por el «Imperial Airways», que terminan en El Cabo, Australia y Nueva Zelanda.

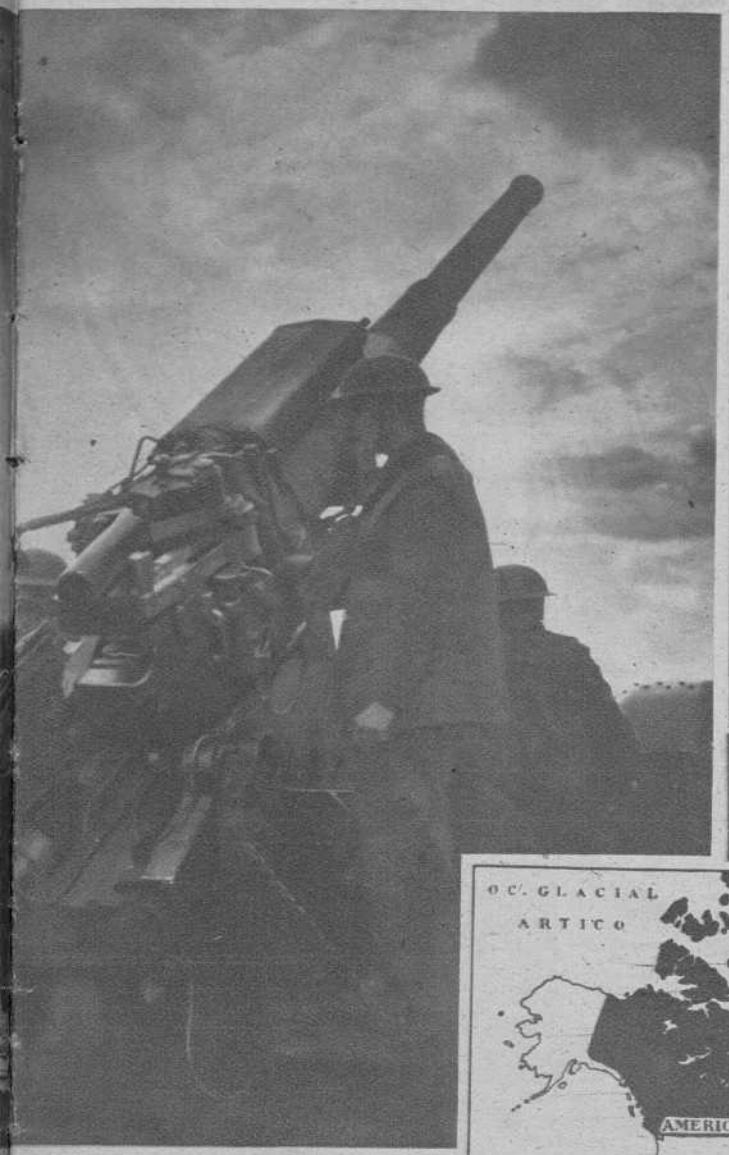
Però... Cada vez es más difícil mantener todas estas rutas, hasta ahora poco susceptibles de interrumpirse por la continuación de una política marítima del «Doble pabellón». Pero ya hoy no es posible al Almirantazgo sostener una flota superior a la de las dos mayores potencias navales del mundo reunidas. El círculo máximo de las comunicaciones inglesas — tentáculos del pulpo, órganos de su sistema nervioso — está amenazado en América, por los poderosos Estados Unidos; en Asia, por el dinámico Japón; en Europa... El Mediterráneo ya no es un mar expedito para Inglaterra. Todo lo más es el retiro, quizá definitivo, de su Gran Flota. Ni Malta, ni Gibraltar, tienen valor.

Inglaterra va a perecer, como las malas monedas, por inflación. El mundo se ha cansado de una supremacía no siempre justificada. Michelet explicaba todo lo inglés, basándose en esta afirmación que entonces pudo parecer evidente: «Inglaterra es una Isla». Pero ya no es ello verdad. Inglaterra es, por obra de la Aviación, una península europea. Una pequeña península treinta y tantas veces menor que esta vieja parte del mundo...

JOSE DIAZ DE VILLEGAS

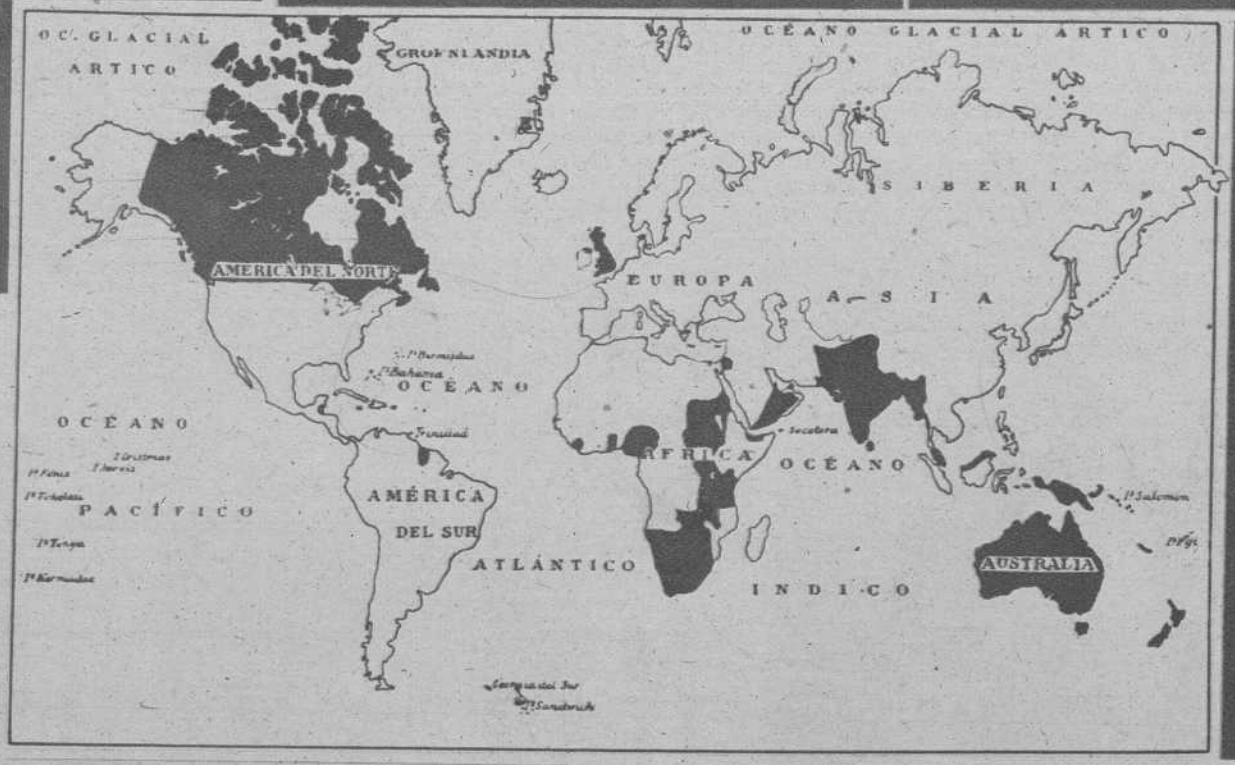
← Miembros del R. A. F. en London Park, preparan el servicio de defensa de la metrópoli por medio de redes sostedas por globos
(Fot. Ortiz)

Ante el temor de que la invasión se produzca por vía aérea, numerosos puestos como este de defensa contra los aviones se han instalado en el suelo inglés
(Fot. V.)



← Baterías inglesas de costa, en servicio de vigilancia de las Islas Británicas, preparadas para defender el territorio inglés del ataque alemán (Fot. Ortiz)

En las carreteras se han quitado las señales indicadoras, y los que viajan por ellas tienen que presentar frecuentemente su documentación a los soldados (Fot. Pando)



← He aquí representado en toda su enorme extensión el imperio británico, integrado por tierras de todas las partes del mundo. El sistema nervioso de todo este cuerpo disperso son las comunicaciones. El mantenimiento de una espesa red de cables y líneas aéreas y marítimas es, por tanto, fundamental para Inglaterra. Sin embargo, mientras que la misma metrópoli peligra ante la inminencia del asalto alemán, las comunicaciones de las islas con el resto del mundo inglés están amenazadas en Oriente y quedan cortadas en el Mediterráneo

En todo el territorio inglés se realizan ensayos bélicos ante la esperada invasión. Estos soldados transportan proyectiles para los cañones antiaéreos (Fot. Diego) →

fotos

MARRUECOS

horizonte de nuestro resurgimiento económico

↑ Barrio moro en una ciudad cualquiera. Sus habitantes tienen arraigado en sus corazones un sentimiento de nostalgia. De España recibieron los primeros alientos de cultura y de civilización, paralizados luego por las fuerzas del mal que debilitaron nuestro poderío, hoy resurgente

← Calles típicas de las ciudades y poblados del Norte de Marruecos, que sienten la imperiosa necesidad de nuestra beneficiosa influencia, de pensar y vivir a lo español. Sus edificios conservan el encanto de las leyendas que los narradores perpetuaron en los altos de las caravanas...

En las pequeñas → plazas, bajo el ardiente sol africano, se desarrolla un primitivo comercio de telas y ganados, comercio que bien encauzado, nos podría evitar la salida de más de seiscientos millones de divisas

(Fots. A. P. G.)

Regiones de Marruecos que fueron regadas por sangre española y en las que nuestros colonos iniciaron, en sus primeros tiempos, un desarrollo cultural y económico. En ellas hay una gran minoría de españoles o descendientes de españoles. Por eso Marruecos está ligado inseparablemente a España

La situación del Estado español al final de la guerra de Reconquista concluída por los Reyes Católicos, ofrece un perfecto paralelismo con la prometedora ordenación de nuestro país en la época actual. A los cuatrocientos cincuenta años y después de cruenta guerra contra las fuerzas del mal que oprimieron a nuestra Patria y debilitaron su poderío, dejando reducido su imperio colonial a la mínima expresión, no poseemos un nuevo continente, pero sí inmensas regiones esperan con ansiosa avidez el exceso de vitalidad española, porque de España recibieron los primeros alientos de cultura y civilización.

Quinientos setenta y cuatro mil kilómetros cuadrados de Marruecos sienten la imperiosa necesidad de nuestra beneficiosa influencia, de pensar y vivir a lo español. Córdoba, Granada, Sevilla y tantas otras ciudades andaluzas, son focos de permanente atracción para el mundo árabe. Sus palacios y Mezquitas de recio abolengo morisco, el encanto de sus leyendas, que sus narradores perpetuaron en los altos de las caravanas, en los poblados y en las ciudades, han arraigado en sus corazones el sentimiento de nostalgia hacia el solar donde sus antepasados dejaron tan profunda huella.

¡Marruecos pertenece a España! Ha sido el grito unánime y patriótico de todos los españoles. Por su situación geográfica y por su afinidad histórica; porque sus regiones fueron regadas con sangre española y nuestros colonos iniciaron en los primeros tiempos su desarrollo cultural y económico, y, finalmente, porque una gran minoría de sus habitantes son españoles o descendientes de españoles.

Numerosos problemas de orden interior y exterior quedarían resueltos con la incorporación a España de la extensa zona marroquí. Sus típicos productos (hierro, plomo, cobre y fosfato entre los minerales; trigo, avena, cebada y centeno entre los cereales; guisantes y garbanzos entre las leguminosas, y otros tan importantes como tabaco, caña de azúcar, algodón, huevos, naranjas, moreras, almendros y paja), ejercerán una enorme influencia en nuestros mercados.

La evaluación del comercio anual de Marruecos ha alcanzado en los últimos tiempos alrededor de los 2.500 millones de francos, correspondiendo 1.700 a las importaciones y 800 a las exportaciones. De estas últimas podríamos absorber más del 80 por 100 con la recepción de fosfatos, huevos, trigo, pieles y ganado, y evitaríamos la salida de más de 600 millones en divisas.

Nuestra industria alcanzaría su máximo desarrollo (pues en Marruecos no existe prácticamente), proporcionando a los marroquíes unos mil millones entre artículos alimenticios y manufacturados, como azúcar, frutos, algodón, maquinaria de todas clases, etc.

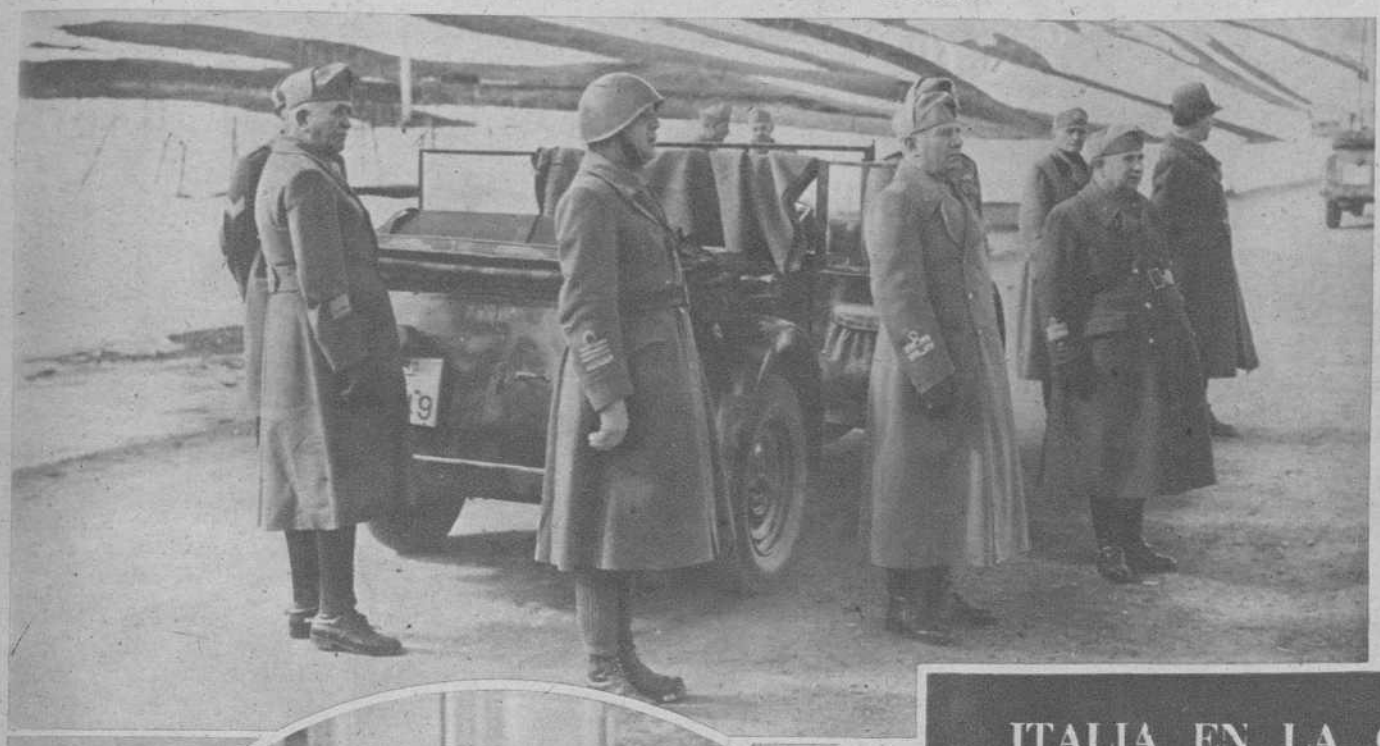
Hoy, al parecer en las postrimerías de la gran contienda europea con el triunfo de las jóvenes potencias que forjaron su poderío espiritual y material basándose en la justicia y la razón, se prevé una nueva estructuración social, política y económica, con una distribución más equitativa y eficaz de las reservas mundiales acaparadas por el viejo sistema democrático. En esa hora histórica corresponde a nuestro país una gran tarea a realizar, ante la que se yergue poderosa la figura de nuestro Caudillo Franco, al frente del nuevo Estado, serenamente y consciente de los altos destinos de España, preparando con sabia firmeza las etapas de un glorioso y floreciente porvenir para numerosas generaciones

La privilegiada posición geográfica de nuestra Península en el extremo Suroeste de Europa ofrece a nuestra consideración la esperanzadora perspectiva de su transformación en inmensa plataforma donde converjan los productores europeos, que, a través de nuestro territorio, conduzcan sus artículos al Noroeste y banda atlántica de Africa y hacia los países Suramericanos. Al propio tiempo podrán distribuirse y manufacturarse los procedentes de esos países con destino a Europa.

La creación de grandes aeropuertos en nuestras ciudades de Levante y Sur, que, mediante nutridas escuadras aéreas, tuvieran a su cargo el tránsito de viajeros y mercancías de gran valor en peso reducido; la intensificación de nuestra flota mercante con la construcción de motonaves rápidas que surcaran los mares portadoras de la riqueza procedente de nuestros puertos peninsulares y coloniales, convertirán nuestro país en un brillante emporio comercial con vida exclusivamente propia.

Otro de los factores de trascendental importancia que abundaría al engrandecimiento de nuestra economía, es la exaltación de la industria con los procedimientos autárquicos de nuestro programa de trabajo Nacionalsindicalista.

El cálculo de posibilidades económicas que nos ofrece la necesaria expansión territorial de nuestro país en zonas que nos fueron arrebatadas por diversos procedimientos expoliatorios, traería consigo aparejado la disminución en grandes proporciones del desnivel de nuestra balanza de pagos, con la contención de la excesiva exportación de divisas, y nos libertaríamos de la servidumbre comercial a que nos vimos sometidos durante siglos.—**M. TEJERO.**



Fotografías de la batalla de los Alpes, que el Ejército del Príncipe de Piamonte improvisó en los últimos días de la guerra, pasando en pocas horas de la actitud defensiva que imponían todas las leyes históricas y tácticas, a la ofensiva.

Las tropas francesas todavía intactas en los picos inaccesibles de la línea Maginot de los Alpes, reforzaban la resistencia de los plenipotenciarios franceses, mientras sus aeroplanos bombardeaban todavía las ciudades italianas. Entre la furia de los elementos, la nieve y la tormenta, por entre los barrancos y las cumbres inaccesibles, las tropas italianas asaltaron a pecho descubierto los fuertes de las cimas de los Alpes marítimos y del Monte Blanco.

El Duce ha dicho en su carta al Príncipe heredero que la batalla fué dura y sangrienta y que los miles de hombres puestos fuera de combate son testimonio de la dureza de esta batalla librada en una extensión de 200 kilómetros y unas alturas que varían de dos a tres mil metros.

ITALIA EN LA GUERRA

La batalla de los ALPES

Arriba: El Duce, con el mariscal Badoglio y el general Gazzoni, durante su visita al Monte Blanco, donde se desarrolló la dura batalla de los Alpes

En el círculo: El Príncipe de Piamonte ha hecho, durante la campaña de los Alpes, la vida del soldado. Aquí lo vemos en una población del Valle de Aosta

↑ Carros de asalto italianos que tomaron parte en la batalla librada, y en la que los italianos profundizaron un avance de 30 kilómetros

Los movimientos fundamentales de los ejércitos italianos en la ofensiva alpina contra la frontera francesa →

(Fots. Luce)

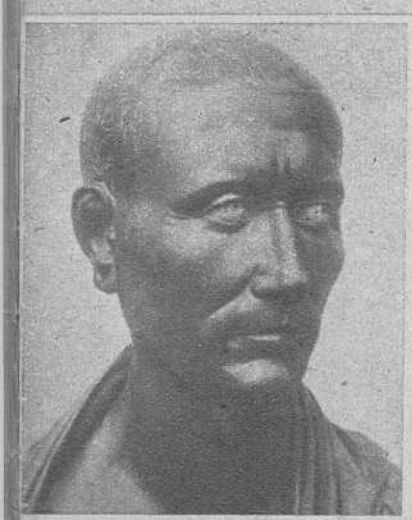
Vuelta o la Historia

fotos

ANTE EL ASALTO A INGLATERRA

Acaso cuando estas líneas se publiquen esté en vías de realizarse un hecho que ha dejado de parecer utópico, puesto que cuenta, no ya con posibilidades, sino con grandes probabilidades de éxito. ¡La invasión de Inglaterra! El ideal de los más audaces estrategas resurge ahora, sin recordar que tres colosos fracasaron al intentarlo. Julio César, Felipe II, Napoleón el Grande... ¿Significan algo estos nombres en la historia de las empresas bélicas? Y, no obstante, sus esfuerzos se estrellaron contra las costas de Albión...

Recién investido César de la dignidad de Procónsul, marchó a domeñar las Galias. Vencidos los galos tras enconadas luchas, aún no acababa de resignarse a la derrota el país rebelde. Viendo en la isla de Bretaña el foco de los movimientos sediciosos, determinó cortar el mal en su origen, apoderándose del «país de las verdes colinas», también llamado Bryt o Prydain, de donde el nombre de Bretaña provino.



Julio César, Felipe II y Napoleón, los tres genios militares que fracasaron en su intento de invadir Inglaterra. — Abajo: Adolfo Hitler

Hallábase César a la sazón en el apogeo de su genio. Era para él empresa capitalísima aquella en que se arriesgaba. Uno de sus lugartenientes predilectos, Cayo Voluseno, hizo exploración detenida de las costas, seguida de un desembarco en la parte oriental, que no pudo ser más desastroso. Las tormentas batieron las naves contra las rocas, y los cimbros persiguieron hasta el mar a las legiones desembarcadas. César reconoce en sus «Comentarios» que tuvo que retirarse con cierta premura.

Hay que dar un salto de siglos para pasar, desde César, a Felipe II, entre cuyos planes guerreros figuró también la conquista de Inglaterra. Convencido de que la insurrección de los Países Bajos estaba en gran parte sostenida por manejos ingleses—siempre puso Albión pedruscos en los caminos de España—se propuso corresponder cumplidamente. Regía entonces los destinos de Britania la reina Isabel, «la vestal de Occidente», hija de Enrique VIII, el Barba Azul con manto real. Felipe el Austero, que durante su matrimonio con María Tudor fué amigo de Isabel, entonces niña, sintióse más dolido de verse ahora hostilizado por ella, y quiso humillarla, con el afán también de castigar a la que era representante del protestantismo. El Pontífice Sixto V anima al monarca español en sus planes, haciéndole cesión espiritual de Inglaterra, como patrimonio de herejes, y donándole un millón de coronas para ayuda de gastos.

Comienzan sigilosamente los aprestos de la escuadra más formidable que hasta entonces vieron los siglos. Ciento cincuenta naves de alto bordo componíanla, con 2.650 cañones de grueso calibre y más de 30.000 soldados, amén de otros 30.000 infantes y 4.000 caballos que el duque de Alba alistaba en Flandes para engrosar las huestes conducidas por la escuadra y desembarcarlas también en territorio inglés oportunamente. La Armada formidable tenía por almirante a don Alvaro de Bazán; pero, muerto en vísperas de zarpar, fué torpemente sustituído por el duque de Medinasidonia, y ésta desacertada designación tuvo gran parte de culpa en el desastre que se cernía ya en el horizonte.

Todo, en lo humano, estaba previsto. Y sin embargo... ¿Para qué recordar el desastroso fin de la *Invencible*? Hostilizada por la flota inglesa, cuyos navíos, más ligeros, maniobraban con mayor facilidad, apenas llegada a la vista de Dunkerque, una tempestad echó a pique las mejores naves y desmanteló el resto, que fueron perseguidas y aniquiladas por Drake, un corsario a quien la reina Isabel había armado caballero como premio a los actos de bandolerismo que contra España realizara.

Y llegamos a los tiempos de Napoleón el Grande. Dueño de la Europa continental, únicamente Inglaterra sostenía con tesón su bandera contra el coloso. Imponíase la necesidad de rendirla. Comprendiendo que aquél era su mayor enemigo, se propuso aniquilarlo en el propio cubil. En los astilleros de Boulogne se construyeron dos mil trescientas barcazas para transportar las tropas, mientras almacenábanse en el campamento anejo víveres y municiones para que nada escasease. Hízose la idea popular, y Francia entera contribuyó a verla realizada. Las barcazas podrían transportar en seis horas 150.000 infantes, 15.000 caballos y cien piezas de artillería. Estupendos preparativos fueron acumulándose en el campamento de Boulogne.

Desde las posiciones en que se ha situado Alemania en Francia y en las costas nórdicas, la seguridad actual de Inglaterra aparece bastante crítica

Terminados éstos, el emperador quiso pasar revista a la escuadra, y dispuso que los buques, montados y en plan de avance, saliesen del puerto a primera hora de la tarde. El mariscal Mortier giró las órdenes oportunas, y Boulogne se dispuso a presenciar el espectáculo sensacional que se avecinaba.

Pero no habían contado con el almirante Bruix, viejo lobo de mar, tan avaro de palabras como enérgico en sus decisiones. Al conocer la orden imperial frunció el ceño, limitándose a decir lacónicamente:

—No hay que hacer nada. Hoy no habrá revista. Que nadie se mueva de su puesto.

Dió media vuelta y no dijo más. Siguió un silencio embarazoso. Todos preveían la proximidad de algo trágico. ¡Ahí es nada! ¡Desobedecer las órdenes de Napoleón! Pero el almirante no era hombre que admitiera réplicas, ni tampoco eran sus subalternos los llamados a discutirle. Fué el emperador, no bien lo supo, quien hizo comparecer a su presencia al desobediente, diciéndole con la voz chillona de sus momentos de cólera:

—¿Por qué no habéis hecho ejecutar mis órdenes?

Muy tranquilo, como quien está seguro de tener la razón de su parte, Bruix repuso:

—Señor, se prepara una fuerte tempestad; me parece temerario y absurdo exponer muchas vidas innecesariamente.

Napoleón, pataleando de rabia, bramó:

—¡He dado órdenes y hay que cumplirlas! ¡Yo soy el único responsable de mis actos! ¡¡Obedeced!!

Siempre digno, siempre flemático, el almirante contestó:

—Señor, no obedezco.

—¡Insolente!

Lanzóse el emperador contra Bruix blandiendo un látigo, resuelto a cruzarle la cara. El marino dió un paso atrás, llevando la diestra a la empuñadura del sable, mientras decía:

—¡Cuidado, señor!

Fué un instante de intensa emoción, que mantuvo en suspenso los corazones de cuantos presenciaban la escena. ¿Qué iba a pasar? Por fin, el emperador arroja el látigo lejos de sí y se vuelve hacia el contraalmirante Magon:

—Señor contraalmirante, haced ejecutar mis órdenes sin pérdida de momento. En cuanto a vos — añadió, señalando a Bruix, pero sin mirarle — salid al punto de Boulogne y retiraos a Holanda.

—Está bien — dijo Bruix, y se alejó.

Las órdenes imperiales se cumplieron con la premura que es de suponer. Pronto estaba en su puesto todo el mundo, y las barcazas y las cañoneras comenzaron a salir de la dársena. El Corso presenciaba el espectáculo desde el malecón exterior, vitoreado por el ejército ante la perspectiva de un nuevo triunfo...

De repente, surgen nubes en el horizonte impoluto. Febles al principio, incrementáronse con rapidez inusitada hasta cubrir el cielo como un toldo plomizo, mientras las aguas, encalmadas hasta entonces, encrespábanse ferozmente. Las barcazas, sin condiciones para resistir tan fuerte marejada, van zozobrando en la barra, sin tiempo de retornar al puerto. Casi ninguna se salvó. Fué una verdadera catástrofe sin lucha, la misma que detuvo los ímpetus de Julio César contra Albión, la misma que hizo exclamar a Felipe II en su retiro escurialense: «Yo he mandado mis buques para luchar contra los hombres, no contra los elementos...»

• •

No por haber fracasado en su intento los tres colosos, vamos a creer que es imposible la invasión de Inglaterra. Ni mucho menos. Los sajones llamados por el príncipe de Cornwall lográronla, e igualmente los normandos, y Guillermo el Conquistador refrendó este nombre por sus hazañas en el país de las verdes colinas.

Los medios poderosos de que hoy dispone el Ejército alemán, le permiten acometer la empresa. Más ancho que el paso de Calais es el Skagerrak, y fué salvado fácilmente en circunstancias más difíciles. El porvenir — un porvenir muy próximo — nos reserva la coronación de la empresa bélica que con ansiedad y asombro estamos presenciando ahora.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

LA SERENA BELLEZA

de un rostro impecable, sólo se consigue con el famoso producto de tocador "VISNÚ" ¡Mujer, conseguirás el brillo de los quince años, usando

VISNÚ

EN TONOS: BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE Y NATURAL

en plena juventud, significa para Vd. el empleo constante de la novísima fórmula científica de extractos glandulares, idénticos a los de la piel.

GLANDERMO

ES UN PRODUCTO CIENTÍFICO SOMETIDO A RIGUROSO CONTROL MÉDICO-FARMACÉUTICO.

DENYSE: Avda. J. A. Primo de Rivera 454, BARCELONA (15).

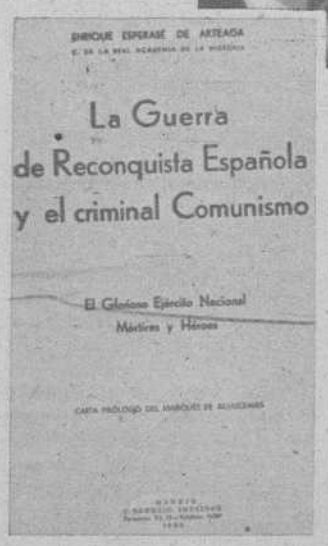
2 LIBROS cada 7 DIAS

Laureada de sangre

Por Adro Xavier

En el tributo rendidó a la Patria durante la guerra por todas las clases sociales, no podía faltar la Compañía de Jesús, a la que dedica su obra el por todos conceptos distinguido escritor Adro Xavier, quien con su «Laureada de sangre» aporta un precioso documento más a la Historia de nuestra Santa Cruzada. Héroes de la Religión desfilan por las páginas de su libro haciéndonos vivir las horas más dramáticas, emocionantes y conmovedoras de la terrible y sangrienta lucha que sostuvimos contra las fuerzas más poderosas de todo el mundo. La parte que en ella tomaron los religiosos que enardecían con su ejemplo a los soldados, descríbela admirablemente Adro Xavier, que tanto nos recuerda por la vivacidad de su estilo al Padre Coloma.

De haber vivido en nuestra época el ilustre jesuíta autor de «Pequeñeces», seguramente habría escrito mucho sobre nuestra pasada contienda, que tuvo la virtud de lanzar a todos, como en la primera guerra de Independencia española, a los campos de batalla para defender la santa causa de la libertad nacional.



Adro Xavier, más que novelista ha querido ser historiador de la venerable Compañía de Jesús, y mostrándonos unos cuantos héroes pertenecientes a ella, nos hace ver en su «Laureada de sangre» lo que hicieron por España y para España unos cuantos religiosos muertos en los frentes cuando, alentando a unos y exhortando a otros, servían de admirable ejemplo a los soldados a quienes ayudaban a ir a la victoria.

Al leer su libro nos encariñamos con aquéllos, lo mismo que en otros tiempos lo hicimos con el bondadoso Padre Manrique de la inmortal novela de Pedro A. de Alarcón, titulada «El escándalo».

Todos los que con su vida y su muerte figuran en el libro de Adro Xavier tienen mucho de aquel sacerdote ejemplar que inspiró al novelista granadino la mejor y más hermosa de sus obras y era como el mismo espíritu de la Compañía de Jesús, con su eterna grandeza y su inagotable heroísmo.

Si cabe orgullo en un espíritu como el de Adro Xavier, bien puede tenerlo por haber escrito un libro como «Laureada de sangre».

Cada uno de sus capítulos es un pedazo de nuestra Historia hecho vida por este autor que tan bien describe y pinta nuestra épica lucha. Afortunadamente, no debe ser la vanidad literaria la que le anime y aliente, sino el amor a la Religión, a la Patria, a la justicia y a la verdad.

A este sentimiento responde su obra, que leída por nosotros en momentos de gran inquietud espiritual, nos ha proporcionado un dulce consuelo. Este bien, entre otros, tenemos que agradecer al autor de quien no conocemos otras obras; pero al que reputamos de escritor brillante, historiador amenísimo y cronista insuperable.

Cada uno de los capítulos de su libro es el relato de un episodio de nuestra guerra que Adro Xavier cuenta a lo Fernán Caballero, a lo Coloma, a lo Alarcón; esto es, cautivándonos, seduciendo y convenciéndonos. El último capítulo de su libro es algo así como la historia de todo él. Titúlase «Vida en la muerte» y estas palabras citadas por nosotros muchas veces, desde que las leímos en la inscripción de una antigua sepultura castellana, vuelven a llenar nuestro corazón de fe, esperanza y aliento.

Todos los héroes de que nos habla Adro Xavier murieron así: dejando eterna vida en su muerte.

La guerra de reconquista española y el criminal comunismo

Por Enrique Esperabé de Arteaga

Una dedicatoria tan conmovedora como expresiva llama nuestra atención al leer la primera página de este libro. Dice la dedicatoria aludida: «A mi hijo José María, villanamente asesinado en Madrid por las hordas marxistas, cuando con ahincado afán se consagraba al cumplimiento de sus profesionales deberes como médico de Sala del Instituto Nacional de Reeducación de Inválidos».

El dolor de este padre, que al mismo tiempo es historiador, se comunica a nosotros que ávidamente nos ponemos a leer su obra con el interés que inspira todo lo relacionado con nuestra pasada guerra. Mucho se ha escrito acerca de ella y mucho seguirá escribiéndose, como sucedió con la revolución francesa, pese a las prohibiciones que hubo por entonces y no pudieron cortar la gran cantidad de obras escritas para relatarla, referirla o comentarla.

Más honda nuestra revolución, más terrible nuestra guerra, más importante en sus consecuencias y resultados, no hay modo de impedir que estalle el dolor contenido durante tanto tiempo y salga a la superficie por medio de obras que después de todo cumplen su fin loable: el de suministrar a la Historia datos y documentos de inapreciable valor.

Don Enrique Esperabé de Arteaga, veterano escritor, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, gran conocedor de su difícil oficio, no podía hacer menos que recoger sus tristes experiencias y los elementos que la realidad tan próxima le suministraba y formar con ellos un libro voluminoso pero lleno de exactitud y veracidad. Otros han venido después a completar la Historia que en el señor Esperabé tiene principios tan amenos como interesantes; pero él tenía ese triste privilegio: el de empezarla con la evocación de aquel su hijo muerto alevosamente y que al señor Esperabé no sugiere ideas de venganza, sino de justicia. El historiador se impone al hombre, al padre, y serenamente, con aquellas virtudes clásicas que los grandes maestros querían que tuviesen los que se dedican a la Historia, él emprende la suya sin apasionamientos ni odios. Un noble y alto sentido crítico inspira su labor de historiador «impecable, documentado, sereno y justo». Estas son las únicas cualidades que hay que buscar y apreciar en obras de la categoría y la significación de esta «La guerra de reconquista española y el criminal comunismo».

ALONSO DE MEDINA

Gracioso sombrerito de estilo bretón, a través de cuya copa, de encaje de Cluny, pueden verse los cabellos

«Cannotier» de crespón de China azul marino, con incrustaciones bordadas y adornos de tira bordada en seda

Para tí, lectora
Dos sombreros y dos vestidos

Hoy te brindamos, lectora amiga, estos cuatro modelos, interesantes, discretos y llenos de modernidad, dentro de su extremada sencillez. El sombrerito de la izquierda, de vaga reminiscencia bretona, aunque su forma esencial aparezca frecuentemente repetida en las revistas de elegancias, tiene, sin embargo, un detalle que le presta a la vez encanto y originalidad. Nos referimos a la que con una acaso excesiva anfibología del término, llamaremos «copa» y que no es, en realidad, sino un aplique de encaje de Cluny. El «cannotier» de la derecha es un gracioso sombrerito, ligero, fragante y muy de la estación. Tiene el encanto, además, de resultar sumamente favorecedor a cualquier rostro. En cuanto a los vestidos, sería difícil hallar otros más juveniles y elegantes dentro de su exquisita y depurada simplicidad. Ambos pueden ser realizados, indistintamente, en muselina o crespón de China, a condición de que los motivos de su estampación sean modernos y bien visibles, sin que esto quiera decir que su coloración sea detonante ni exótica. No olvidéis, lectoras, que la auténtica elegancia no reside en la extravagancia, sino en la máxima sencillez.

L.

Traje de crespón de China color crema, con estampaciones de grandes motivos multicolores

Elegante vestido estival, de muselina azul marino, con estampaciones de flores dispuestas a modo de guirnaldas

EL "CAPO" ALPINO Vida ejemplar y muerte heroica de ITALO BALBO

El estudiante de Florencia

Por el Otoño de 1915 las juventudes escolares de Florencia se enardecían ante los partes de guerra de los primeros choques del ejército de Cadorna con las fuerzas austriacas. Era entonces la Universidad florentina uno de los centros culturales más copiosos de Italia. Los estudiantes llenaban con sus canciones de juventud las viejas calles apretadas de historia y de leyenda, y por las márgenes floridas del Arno la estudiantina ponía la nota rosa de un fresco idilio. Se estudiaba, se amaba, se esperaba, y ya en las mocedades italianas el comezón de un fervor imperial y patriótico bullía arrollador frente a las incapacidades del liberalismo.

—¡Italo...! ¡Italo!

Bajo la bóveda de los claustros universitarios de Florencia resonaba un nombre predilecto entre los escolares: — «¡Italo, Italo!» — era el de Italo Balbo un quartesano erguido y varonil en cuyas pupilas había ya prendido la atención del estudio y la llama de la conquista. Italo Balbo era ya una personalidad entre las mocedades universitarias. Muchacho estudioso y amigo de la soledad, sus días conocían de los grandes tránsitos de la meditación al capitanato. Era un carácter. Su voz, el consejo y la autoridad en los temas del aula, y también la arenga y el mandato en las protestas de la estudiantina romántica, justa y ambiciosa. Dejó los estudios y abandonó Florencia de la noche a la mañana. A nadie dijo dónde iba, y unos pretendieron localizarle en Milán, otros en Roma, y unos terceros en su pueblo natal de Quartesana, en la dulce Ferrara. Todo en vano. El paradero de Italo Balbo se supo por una orden del día del Ejército en operaciones contra Austria. Balbo había sentado plaza de voluntario en el Cuerpo de Cazadores Alpinos y se le citaba por su primer heroísmo mandando una pequeña sección de veinticuatro hombres. Vehemente, intrépido y combativo, Italo Balbo estaba en la guerra que era el marco propicio de su juventud caliente y abnegada. En ella recibió su bautismo de sangre y de gloria y en sucesivas acciones ganó el grado de capitán alpino. Sobre su pecho lucían ya dos medallas de plata y una de bronce al Valor Militar.

Hombre culto y de gran preparación no podía, sin embargo, limitar Italo Balbo su actuación al uso de las armas. En plena guerra peleaba y escribía, y como un poseso de la mancha de imprenta, Balbo recibió su espaldarazo de gran periodista al fundar en Udine el periódico de los combatientes titulado *El Alpino*.

El estudiante de Florencia ganaba así, aun antes de doctorarse en Estudios Sociales, un título de popularidad y de renombre que derivado luego hacia la política tenía que ir ya unido al éxito en los nacimientos y esplendores de la Era fascista.

Hacia el Imperio

Terminada la guerra y hecha la desmovilización, Italo Balbo se entregó de lleno a la derrota del liberalismo que asolaba los destinos de Italia, y su idea y su brazo quedaron adscritos a las organizaciones del nuevo Fascio. Fué secretario del Partido en Ferrara, montó las primeras gloriosas escuadras de «Camisas negras», y, personalmente, con tacto de gran político y arrojo de curtido combatiente, participó en las primeras acciones antimarxistas de Ferrara, Ravena y Padua. La luna italiana se miró más de una noche en la hoja acerada de su pequeña daga florentina. Persona de confianza de Benito Mussolini, fué ascendido a cuadrinviro de las legiones fascistas y como tal preparó y actuó en la histórica Marcha sobre Roma.

Italo Balbo entraba por la puerta grande en la obra gigante que tenía que ser el cimiento del Imperio italiano. Fué destacado diputado en el Parlamento. El primer Gobierno fascista le llevaba a la Subsecretaría de Economía Nacional.

La aviación italiana

Fué en 1926 cuando Italo Balbo pisó por vez primera las zonas directrices de la Aviación de su país a la que tanto empuje y grandeza tendría que darle con sus ímpetus y laboriosidad. Mussolini le confió la alta misiva de crear la nueva armada aérea de Italia. Siendo subsecretario del Aire organizó y dirigió los grandiosos cruceros aéreos sobre el Mediterráneo Occidental. Y de entonces databa su buena amistad con los mejores pilotos de las alas de España. Italo Balbo era un latino completo y abrió sus brazos a las admiraciones y afectos españoles. Creía en nuestra raza que era la suya, en nuestro porvenir y en nuestra grandeza próxima. La fama y el prestigio de Italo Balbo conoció la unanimidad universal a raíz de sus nuevas hazañas aéreas con los «raids» sobre la Europa Central (1928) y Mediterráneo Oriental (1929). Justificó su aureola, bien ganada, en la preparación y dirección de los cruceros atlánticos al Brasil (1931) y a América del Norte (1933), gesta esta última que le valió el nombramiento de mariscal del Aire.

Realizado, en sus manos, el maravilloso progreso de la Aviación fascista, Italo Balbo, en servicio fervoroso y constante a su Imperio, emprendió las difíciles rutas de la colonización.

En Libia

En 1933 Mussolini le nombraba gobernador de Libia. Una obra gigante entregada a su iniciativa y dirección. ¿Cuál ha sido ésta? Esta ha sido el desarrollo metódico del programa de colonización preconizado por el Duce hasta el asentamiento de decenas de miles de familias italianas en lo que eran antiguos arenales, hoy convertidos, gracias al fascismo, en fértiles campos de labor.

Fué la característica de Italo Balbo en su política colonizadora, la decisión y la voluntad, que sirvieron de ejemplo a la nueva juventud italiana, así como su lealtad al Duce, en el que desde el principio reconoció al jefe único e indiscutible. «La guerra me había habituado a mandar y a obedecer» — escribe Italo Balbo en sus Memorias del año 1922.

Discípulo de Mussolini, tanto en el credo social como en la norma colonizadora, a los que preguntaban en Libia a Italo Balbo en qué consistía el secreto de la organización de las Milicias voluntarias del Fascismo, contestaba: «Primero el ejemplo, después la disciplina». «No transigir con sí mismo, no transigir con los demás». «Tener y comunicar a los demás el orgullo del peligro». He aquí, pues, que lo que parece una consigna deportiva es, en realidad, el secreto que hizo posible el milagro del fascismo de Mussolini.

Da una clara prueba de su incondicional afecto por Mussolini el siguiente despacho que le puso al Duce durante uno de sus grandes «raids» aéreos

«Estamos volando por encima de Cartwright. Una vez más estoy orgulloso de haber ejecutado tus órdenes». Al que Mussolini le contestó con éste otro:

«Ahora que has superado brillantemente la etapa más difícil de la ida, te abrazo así como a todos tus compañeros.»

«In memoriam»

Esta es, a grandes trazos, la silueta, a modo de «in memoriam» de este gran mariscal del Imperio italiano, cuya vida y cuya gloria llenaría una copiosa monografía.

Italo Balbo ha muerto bajo el sol rojo de Libia en cumplimiento del deber. Ha muerto en la guerra, agotando un último heroísmo por su Italia, por su Imperio y por su Duce.

Volaba Italo Balbo en un avión de reconocimiento, provisto tan sólo de una pequeña ametralladora, sobre Tobruk, en Libia, cuando una escuadrilla aérea de combate inglesa se anunció sobre el horizonte. Y Balbo marchó contra ella. No necesitaba de más arma que su corazón y hasta que éste dió su último latido el mariscal se batió como quién fué y quién era.

Como Italo Balbo, viejo «capo» de las escuadras alpinas.

CLAUDIO ASTIN

Una de las últimas fotografías del mariscal Italo Balbo en el desierto de Libia, entre las tropas que combaten contra los ingleses

El «raid» de Italo Balbo al frente de su escuadrilla constituyó un éxito sin precedente en la historia de los grandes viajes aeronáuticos. Los recibimientos que se le dispensaron al heroico soldado de Italia pusieron de manifiesto la admiración mundial ante la proeza llevada a cabo. Esta foto representa el momento en que Balbo acaba de llegar al Labrador

Recuerdo de una entrevista

CON ITALO BALBO EN TRÍPOLI

EN marzo del 39, Italo Balbo, mariscal del Aire y gobernador general de Libia, nos recibía en su despacho de Trípoli. Toda la enérgica vida que ahora disfruta Trípoli había sido tejida en aquel despacho que en la plaza de Italia y dentro del castillo tenía Balbo. Pues bien; una mañana, bajo el cielo de Libia, que es acaso el más azul y el más profundo de Africa, entraba yo por la puerta de aquel castillo que tantos recuerdos guarda para un español. Si, en 1510, los ejércitos de Fernando el Católico conquistan Trípoli para España y hacen del castillo un baluarte cristiano contra la agresividad del sultán otomano y las audacias del corsario Barbarroja. También un gobernador español, Velázquez, tuvo en él su estancia de gobierno. Pero después, en 1853, el castillo de Trípoli no era ya otra cosa que un edificio en ruinas, desagradable y polvoriento. Hoy el castillo está rejuvenecido y ello se debe a Italo Balbo, pues Italo Balbo, con auténtico sentido de artista, no sólo mandó rehacer su fábrica esbelta, sino que además convirtió el castillo de Trípoli en un museo espléndido. ¡Qué bella es su entrada! La gran escalera de piedra que da acceso a las habitaciones en que trabajaba Balbo están cuajadas de magníficas estatuas y ricos mosaicos romanos, traídos de Leptis Magna y Sabratha, las dos maravillosas ciudades que Roma levantó en Libia. Pero en estos momentos resopla en mí, mucho más fieramente, la vigorosa imagen de Italo Balbo que la de todas estas bellezas. Y hasta vuelvo a experimentar la impresión que entonces tuve: la de encontrarme ante un hombre excepcional. ¡Cuánta firmeza había en su mirada y cuánta cordialidad en sus palabras!

—Déjese, déjese — me dijo — de tratamientos y háblame de España.

—Pero usted — le dije yo — también habla español.

Entonces él permaneció un momento absorto, mirándome con sus ojos vivos, llenos de optimismo. Después dijo sonriente:

—Un poco. He estado dos veces en España y... tengo tan buenos amigos allí. Los Alcázares, Cartagena...

—¡Ah! — exclamo yo — eso fué cuando...

—Sí, en mi vuelo trasatlántico. No, no me he olvidado de la acogida realmente fraternal que me hicieron los aviadores españoles. Y ahora, ¡qué buenas páginas de historia están escribiendo! La guerra de España, créame, camarada, es el principio de un orden nuevo en Europa. Estoy seguro, cuando usted llegue a su Patria, Franco ya tendrá la victoria.

Y de pronto, en un instante, Italo Balbo desarrolló ante mí, con una fe que sobrecogía, todo un futuro. Luego, los hechos se han encargado de demostrarme que tenía razón. No se engañaba, no. Italo Balbo percibía con toda evidencia lo que iba a pasar. Por eso al despedirme me dijo:

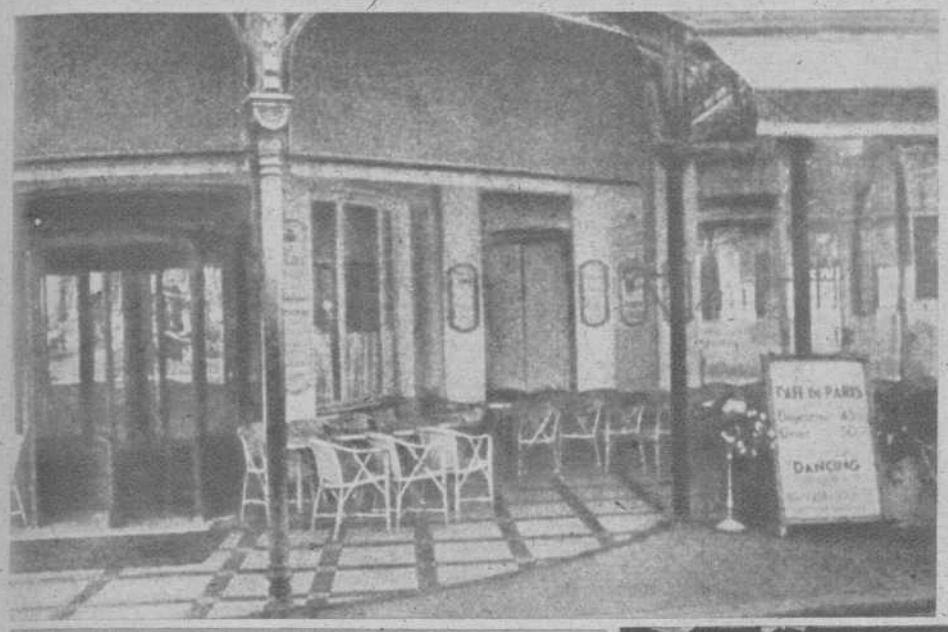
—No. Venga un abrazo, porque jamás ha estado tan cerca en la Historia el triunfo de nuestros pueblos.

FERNAN

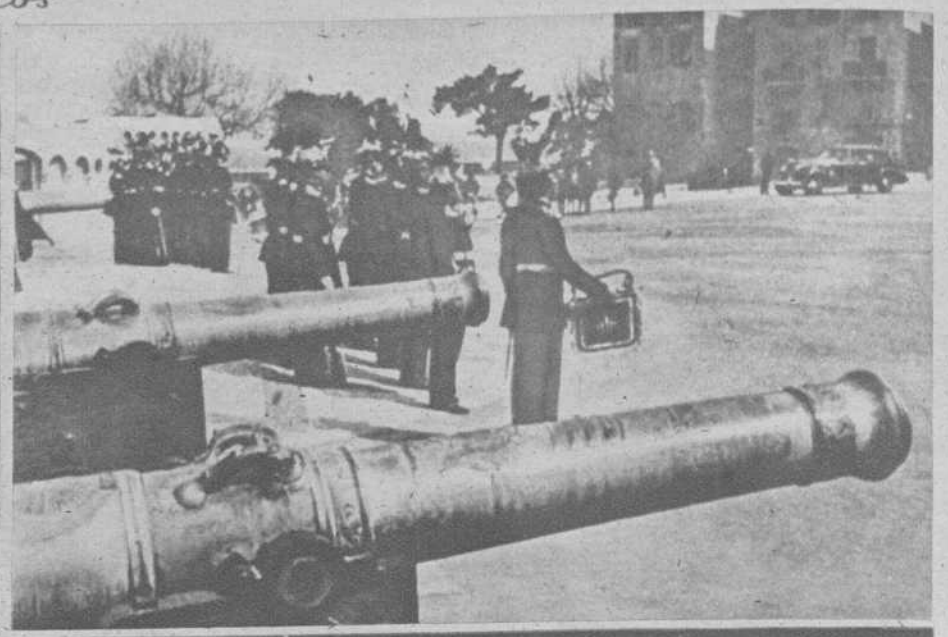
Italo Balbo, recibido por Mussolini a su regreso al aeródromo Ostia, de Roma, después de haber dado brillante término a su magnífico «raid» de la doble travesía del Atlántico ↓

Italo Balbo, el bravo → aviador que ha muerto bajo el sol rojo de Libia en cumplimiento de su deber, agotando un último heroísmo por Italia, por el Imperio y por el Duce

fotos



↑ El Café de París, en Monte-Carlo, célebre por su cocina y sus vinos, y que hoy aparece desierto



El ejército de Monte-Carlo, compuesto de ochenta y seis gendarmes, estacionado frente al palacio del Príncipe

Los jefes del Ejército del Principado de Mónaco se entregan al ejercicio nada bélico de cultivar la jardinería y recoger flores

S. A. Serenísima Luis XII regresa a su pequeño reino. En la estación uno de sus súbditos le pone al corriente de las novedades

He aquí una gran parte del ejército de Montecarlo jugando a los bolos, entretenimiento típico del país

EL EJERCITO DE LOS
86 GENDARMES

¿Nada menos que MÓNACO a la guerra?

¿Qué se propone el feliz Principado?

¿Qué teme Mónaco? Si esto lo hubiese hecho meses atrás, cuando la guerra, rugiendo aun en los pechos de los beligerantes amenazaba con convertir los salones de Monte-Carlo en uno de sus campos de batalla, la actitud de Mónaco sería perfectamente comprensible. Lo sería cuando los periódicos de todo el mundo, al preguntarse qué se podría esperar de los más importantes países, teniendo en cuenta la pequeñez de éste, animaban la reunión con preguntas también a su respecto. ¿Y Mónaco? ¿Se aliará con Francia o sintiéndose más bien italiano le declarará la guerra? ¡Pero ahora, firmado ya el armisticio entre Francia e Italia! Ahora, sin embargo, precisamente ahora, es cuando Mónaco, el Consejo de ministros de Mónaco, acuerda reforzar la defensa del país. ¿Qué teme, repito? ¿Para qué eventualidades quiere prepararse?

Principado minúsculo, verdaderamente de bolsillo, pero por completo independiente, con sus 25.000 almas y su ejército de 86 gendarmes, los más decorativos de la tierra, no es un pueblo tan pacífico como a simple vista pudiera parecer. Al través de su pequeña historia tuvo también sus revoluciones, sus guerras civiles. Monarquía absoluta hasta hace veintinueve años, gracias a ellas consiguió una Constitución que, si realmente no puede haber libertad verdadera donde no haya libertad económica, lo ha convertido en el pueblo más libre del mundo. Ningún ciudadano de Mónaco paga el menor impuesto. Y aun si esto fuese poco, todos ellos, todos sin excepción, han realizado el sueño a que la Humanidad, desde los tiempos más antiguos viene aspirando, de tener un sueldo oficial. ¿Es ese ejército de 86 gendarmes el que se ha tratado de reforzar en un Consejo de ministros? ¿Es la media docena de cañones de la artillería nacional emplazada para las salvas frente a las torres del palacio del Príncipe?

• •

¡Pobre Mónaco! No será seguramente ofenderle decir que toda esa felicidad de su vida estaba pendiente del casino de Monte-Carlo. La providente «cagnotte», sostenida por los potentados de la redondez entera del planeta, que acudían de todas partes del mundo a gozar las delicias de rendir un tributo en aquel famoso templo del azar, pagaba desde las carteras de los ministros hasta las escobas de los barrenderos. El mundo lo sabía perfectamente, pero no se lo tomaba a mal. ¡Aquella risa tan regocijada, pero tan llena de simpatía al mismo tiempo, que por todo él se extendió cuando el príncipe Alberto, el padre del soberano actual, el que se pasaba la vida explorando las profundidades del Océano, teniendo a bordo de su yate que hablar en español, comenzó así:

—Yo que, como todos ustedes saben, soy un hombre sincero...

A pesar del protocolo y del respeto, no faltó quien se atreviese a interrumpirle:

—¿Sin cero?

Y la risa, difícilmente contenida, hinchando los carrillos, estalló en carcajadas estruendosas a que hasta el mar parecía unirse batiendo alegremente los costados del «Hirondelle». El mundo no se lo tomaba a mal, no. Gracias a eso había un sitio donde todo se olvidaba y la vida era fácil y dulce. Los mejores restaurantes, con los platos más cariñosamente preparados y los vinos más ilustres, allí estaban. Por la Avenida de la Condamine deslizábanse a toda hora los autos más lujosos de la tierra. A la sombra de los naranjos, los limoneros, en aguas tibias, como calentadas artificialmente, bañábanse hasta de noche mu-

jeres que se creyeran escogidas, aquí y allá, por su belleza, para el mayor ornato de la playa maravillosa.

El oro del mundo corría alegremente a sostener todo esto. Pero un oro de príncipes, de grandes duques, de magnates de la Banca, que no dejaba penas detrás y permitía esperar a otras gentes un golpe de fortuna.

Y hasta, en las salas, la nota sentimental de la pobre vieja, quizá astro brillante otro tiempo del sitio fastuoso, esperando pacientemente, con su combinación a sumarse los francos de cada día. Arboles floridos en todas partes y rosales a la orilla de un mar azul, de un intenso azul de piedra preciosa por donde los balandros parecían navegar con velas de plata. ¡Y de pronto, todo esto acabado! «Con la guerra — decía recientemente un periódico — han caído sudarios de dril sobre las mesas de la ruleta». Monte-Carlo Beach, la playa de los baños a la luz de la luna, sin una siquiera de aquellas mujeres que eran su encanto mayor, con su belleza deslumbrante y su elegancia quintaesenciada.

El Café de París, por el cual también se iba a Mónaco desde los más lejanos parajes, abandonado. La plaza del palacio, que tantas veces reflejó sobre su asfalto los blasones de la nobleza y la riqueza universales, desierta, como si el sudario de dril se hubiese extendido a todo el territorio. Casi no se comprende que aun haya rosas sobre las tapias y esté azul el mar.

* * *

¿Qué ejército refuerza realmente Mónaco? ¿Presintiendo la paz, lejos de preocuparse de aumentar con algunos fusiles por ejemplo la capacidad bélica de sus 86 gendarmes, lo que refuerza es el ejército de los «croupiers», los ganchos y los servidores todos del Casino, ejército temido como acaso ninguno desde las fronteras mismas del país hasta el último rincón del planeta? De vez en cuando, es verdad, mezclándose a aquella alegría de Monte-Carlo poniendo una nota trágica entre los ruidos de la fiesta perenne, sonaba un tiro, el eco de un pistolerazo, sobre una sien. Un desconsiderado, un impaciente, que, a pesar de los consejos de las autoridades, no había querido esperar a trasponer la frontera. Allá lejos, en alguna parte, había al poco tiempo alguien llorando, alguna familia de luto. Pero Monte-Carlo no se enteraba. El mundo, ignorándolo también, seguía mandándole la flor de su resaca ociosa y brillante.

¿Se prepara el ejército reforzado de Mónaco a la recluta, a la leva hacia el Casino, de una gente a quien sólo el temor de la guerra hizo desertar de sus filas? Si es así, no hay por qué asustarse. Con los tiros en la sien de algún desgraciado, con las lágrimas de alguna familia remota, con su ocio y con sus escándalos, Mónaco — ¡Monte-Carlo, bueno! — era la condensación, el símbolo de la belleza, la frivolidad y las gracias todas de una época que no se sabe si va a volver y a la cual, no obstante sus terribles defectos, ya estaba uno acostumbrado.

FRANCISCO CAMBA

↑ Montecarlo, el único país cuyos habitantes no pagan ninguna clase de impuestos

La terraza → del Café de París, con la animación de los días felices en que corría el dinero

Una espectacular revista de las tropas ante el Príncipe Luis XII con motivo de la fiesta nacional del 1º de febrero ↓

PERFUMERIA
FONT
DE PRESTIGIO CENTENARIO
MALLORCA, 123
BARCELONA

El primer paso

da-dá

EL TALCO PARA SU BEBE

1'75
EL BOTE
TIMBRE A METALICO

PUBLICIDAD GABERNET

fotogramas

Un encanto distinguido es la época en que se desarrolla «El último húsar», la producción de Cifesa, cuya protagonista es Conchita Montenegro, que aparece en el círculo

Los divertidos Stan Laurel y Hardy en «Quesos y besos», de constante hilaridad

Una escena divertidísima de «El juez Harvey y sus hijos», con Mickey Rooney

Del «Círculo rojo», la misteriosa y emocionante película policíaca

ALCAZAR

3.ª SEMANA
de
MICKEY ROONEY
en
EL JUEZ HARVEY Y SUS HIJOS

¡La película de la simpatia arrebatadora!
Film METRO-GOLDWYN-MAYER
en español

CAPITOL
Metro Goldwyn Mayer
TEMPORADA DE VERANO
Sesión continua de 4 a 1
GRANDIOSO EXITO
DE
STAN LAUREL
OLIVER HARDY
QUESOS Y BESOS
DIRECTOR JOHN G. BLYSTONE
APTA PARA MENORES

CIFESA PRESENTA
BOY

CINEMA BILBAO

DESDE EL LUNES, 8
A ESPALDAS DE LA PISTA

¡¡EMOCION!! ¡¡INTERES!!
¡¡ ESPECTACULARIDAD !!

y **Actualidades UFA,** con la toma de Dunkerque y reanudación de la ofensiva. Paso del Somme, etc.

HOY Y MAÑANA, ULTIMOS DIAS DE
EL POBRE PEREZ

FIGARO

SEMANA DEL 8 AL 14
DE JULIO DE 1940
SENSACIONAL PROGRAMA DOBLE
BAJO EL CIELO DEL OESTE
(Tom Tyler)
y
EL CIRCULO ROJO
(Ben Lyon, Sasu Pittis, Jimmy Gleason e Irene Purcell)
La película policíaca más misteriosa y emocionante

LA COSECHA DE LA PAZ

LECCION DE LA TIERRA

Y

GRACIA DE LA ESPIGA

Campos de trigo de las tierras de Castilla, pan de la paz, que ya puede cocerse en nuestros hornos
(Fot. A. P. G.)

Cada espiga de sol
besa a una espiga hermana;
Ruth fué a la siega a cose-
[char amor.

PORUQE España es eminentemente agrícola; porque está coronada por tres mares; porque es un pañuelo azul que saluda a continentes prósperos, no podía el hombre enteramente español desconfiar del destino misional de nuestra Patria.

El espíritu misionero venció en la guerra y está venciendo en la paz. Después de la siembra de heroísmo y el riego fecundante de la sangre, siguieron los días precursores de la cosecha, que, por ley natural, han sido duros. Días de prueba en la fe, difíciles para el temple de la voluntad. No fué la guerra un juego de niños

Ya se han vestido de oro las espigas de trigo

Ha empezado la recolección de la cebada y el trigo en la provincia de Sevilla. Este año, por júbilo de la bandera grana y amarilla, la cosecha pide solemnidad.

Y hemos ido a la finca «El Copero» de Dos Hermanas para recrearnos ante un mar de espigas rubias, para ver el gozo de la mies que ya se ha vestido de sol. Y con esta contemplación pensamos en el pan tierno y calentito que convertirá la súplica angustiosa en humilde rezo de gracia y de perdón.

Aquí está, aquí vemos la verdad histórica en esta vasta zona triguera que tenemos a la vista, que nos envuelve y nos saluda. Frente a él surge el pensamiento de que la tierra es antesala del cielo y de que la gloria y el ritmo de la Creación esplenden a través del misterio eucarístico.

Curro, el viejo aperador, confirma nuestro criterio.

—Este año será una *güena* cosecha. Mire *osté er trigo*: *má fortalesa*, imposible. ¿Y *l'artura*?

La medida está en la hija de este buen campesino español que nos pide una perla del Romancero.

¡Dios, qué buen vasallo si oviere buen señor!

Y la muchacha, guapa, morena — ¡naturalmente!— graciosa y esbelta, metida entre las espigas, nos trae la visión bíblica de Ruth antes de sus nupcias con el hijo de Noemje. Y con todo esto, ¿cómo no recordar esta canción de Lope que empieza:

Blanca me era yo
cuando fuí a la siega;
dióme el sol
y ya soy morena.

Alegría del cansancio y ejemplo del sudor

No es fácil el manejo de la hoz, lo que es fácil es comerse el pan tranquilamente a la mesa. El segar tiene su técnica y un sentido de verdad evangélica. Trabajar es duro y por eso, bueno.

Pero es el «señó» Curro quien nos da la norma.

—Mire *osté*, muchos se van a la *ciudá*, porque *crén c'ayí* están *mejón*. Pero, ¡cá! *Ayí* se pierden. Viven *descentraos* y la mayoría se corrompe.

—¡El trabajo es tan duro...! — justificamos.

—Para *er* que nunca dió un *gorpe*, sí. *Par* que quiere a la tierra como a una *mare*, no; al contrario, *er* trabajo *resurta* una diversión.

—«Ganarás el pan con el sudor de tu frente...»

—Eso creo que dijo *Dió* y no se debe *hasé* lo contrario.

Y Curro nos habla de lo bueno que es cansarse trabajando en lo que es útil; de lo hermoso que es sentir los chorros de sudor caer de la frente hasta confundirse con la tierra, madre nutriz y aleccionadora. Y el viejo «aperaor», engolosinado con la plática manda a su hija por la hoz para demostrarnos su arte de segador.

La cosecha, magnífica, ha empezado bajo un sol de oro ofreciendo trabajo a los brazos campesinos
(Fot. Sánchez del Pando)

Llega la lección práctica.

—Las espigas se recogen así, y la hoz se maneja *d'esta* manera. *Ná má fási*...

Y la joven, para demostrar que la mujer también sirve para el trabajo rudo, nos da una lección de siega, y nos arroja; con gracia indecible:

—Si los segadores no hicieran esto, los periodistas y los retratistas se tendrían que *alimentá* de papeles...

La trilla, estampa de égloga virgiliana

Es hora de descanso. Los braceros — hombres de muchos puntos de Andalucía — nómadas de la siega les llama el poeta — «echan» un cigarro. El aperador, para satisfacernos, hace enganchar a los bueyes a una carreta llena de gavillas de trigo en haces que son llevados a la era y arrojados al suelo. Quedan extendidas las gavillas. Después de dar la carreta varios viajes más, el mismo boyero engancha tres hermosas yeguas en el trillo y cuando éste está preparado sube en él, enarbola el látigo, fustiga a los animales y da comienzo a una carrera armoniosa, circular, describiendo elipses y círculos concéntricos exactos. Nos trae esto una deliciosa visión de égloga virgiliana. Parece la escena un símbolo de las cuádrigas de Apolo: sol arriba, sol abajo y el carro del Sol...

Más adentro del asunto vemos nosotros a España riendo con su porvenir. En la trilla y en la carrera del hombre de color cetrino que da impulso a los caballos, vemos el giro de un pensamiento que se extenderá en ondas universales. Y florece la verdad Nacionalsindicalista: Por la Patria, el Pan y la Justicia, que se dijo y quedó prendida a la verdad eterna que es la Trinidad.

Y el eco de esta hora solemne en que la cosecha anuncia un alba de bienestar glorioso — España no se ensangrentó en vano — roza una canción inédita del poeta gaditano Francisco Montero Galvache, que dice, con emoción de tierra y cielo:

por donde el canto de la trilla sube
hasta el supremo bienestar del alma.

• •

Nada más. España es una cosa muy seria. Sabemos lo que fué la guerra y comprendemos lo que trae la paz. Detrás de la siembra bien hecha, diestramente arrojada a los surcos de tierra fecunda, llega la cosecha santa. Y el trigo — como éste que el camarada examina y elogia ante el técnico y el buen campesino — es un tributo de Dios a la España que fué rescatada del poder demoliberal por la espada luminosa de nuestro Caudillo.

ABEL BOSCAN

EL EPISODIO DE MERS-EL-KEBIR

Una mueva perfidia de los barcos de Su Majestad Británica

De nuevo han cometido una perfidia los barcos de Su Majestad Británica. La Flota de guerra inglesa puede ya añadir otro vergonzoso episodio a su ya larga serie de fechorías realizadas al amparo de los cañones de sus acorazados.

Sonando y gritando muy alto y fuerte su estribillo de defensa de las libertades humanas y de democracia idílica y cursi, combatiendo la injusticia de los regímenes totalitarios, interpretan su credo al llegar el momento de la acción, con andanadas de sus cañones de 38 centímetros, cada una de las cuales es la mayor befa que se puede hacer contra las ideas que ellos presumen defender.

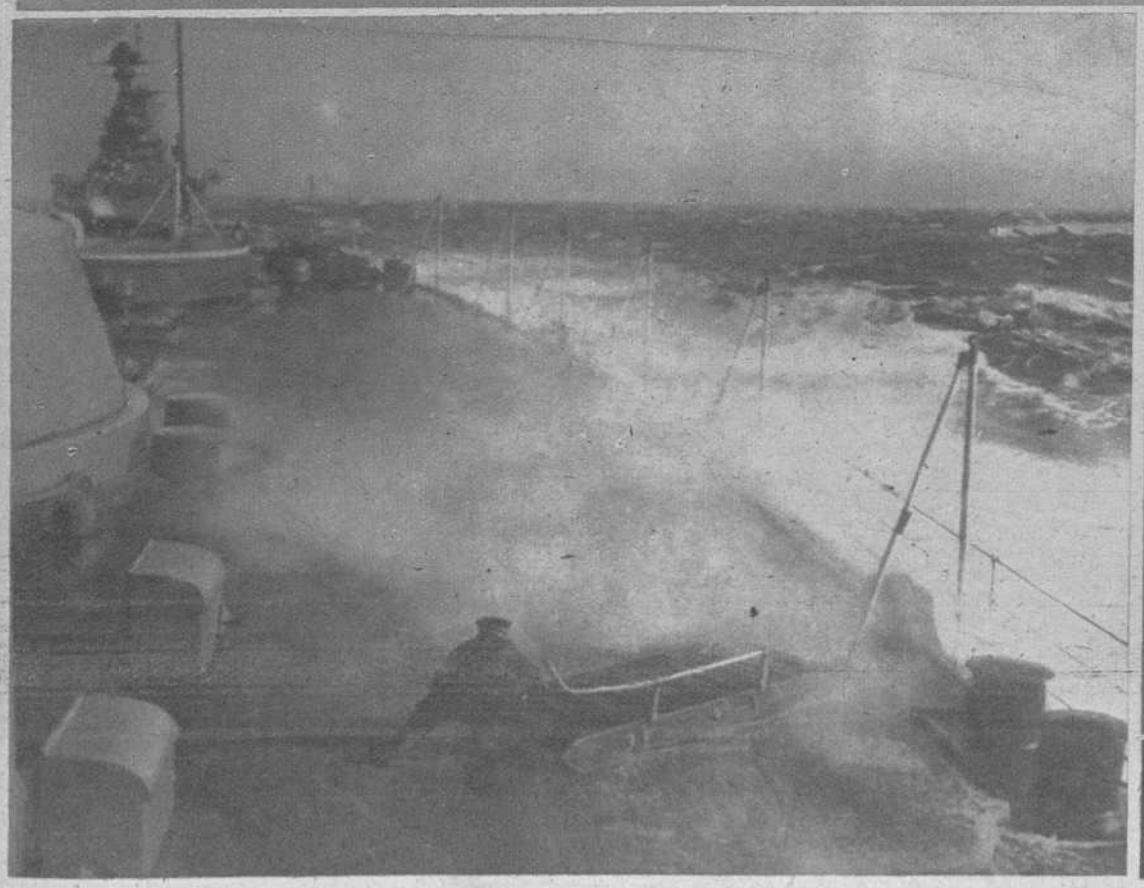
No puede el episodio de Mers-El-Kebir sorprender a nadie que conozca el desarrollo y la evolución de la política inglesa, íntimamente ligada a la de la Marina. Los que hace casi siglo y medio bombardearon Copenhague tenían la misma mentalidad, el mismo sentido de la Historia que los que tripulaban los barcos que hoy han disparado contra Francia. Los que el año 1915 hunden al crucero ligero «Dresden» refugiado en aguas jurisdiccionales chilenas, son los mismos que hoy y sobre todo, lo que es más importante desde un punto de vista español, los que durante toda nuestra guerra civil han retorcido el derecho hasta convertirlo en un instrumento al servicio de una política, son, en definitiva, las mismas que con el más egoísta y cruel designio mercantil y utilitario hacen un Imperio, con los boers, con el opio y con los campos de concentración.

Nadie con más conocimiento y con más capacidad de indignación, ante este hecho criminal e injustificable, que los españoles, y de ellos los que en los barcos de guerra nacionales veían cómo un constante esfuerzo, un abnegado sacrificio, era siempre frustrado por los marinos ingleses. Nunca podrán olvidar las constantes afrentas y vejaciones sufridas; los cañones del «Hood» apuntando al «Cervera», una brumosa amanecida frente a Bilbao, mientras entraba en puerto el «Habana» con bandera republicana. La bandera que había amparado todas las fechorías, todos los crímenes repugnantes, era en definitiva, protegida y justificada — en un inverosímil gesto de interpretación histórica — por la blanca de guerra británica, en la que era una blasfemia y un absurdo las cruces de San Jorge, San Patricio y San Andrés.

Por esto, claramente, sin ambajes ni rodeos, lanzamos al aire nuestra profunda indignación, y solamente nos consuela el pensar que los ingleses de 1940 son los mismos de 1805, y que por esto, su mentalidad retrasada, sus procedimientos y modos inadecuados al tiempo, harán que un día ya próximo, levanten los ingleses una bandera blanca, sin cruces rojas ni azules al amparo de la cual no podrá ya nunca la flota de guerra británica continuar sus correrías ni seguir cometiendo agravios y desafueros.

Arriba: El comandante jefe de la flota francesa almirante Darlan. Abajo: El jefe supremo de la marina de guerra inglesa, sir Dudley Pound

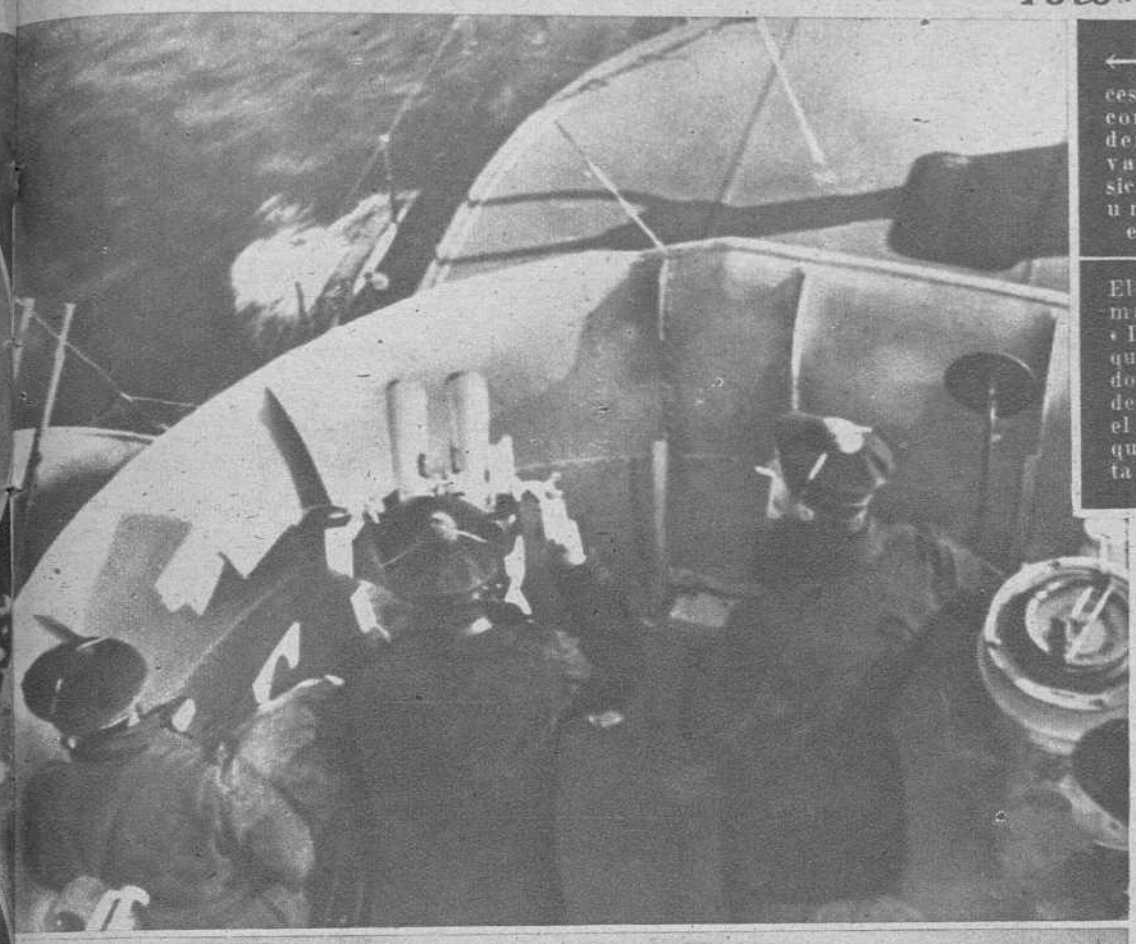
Cruceros ingleses en aguas de Orán, disponiéndose a efectuar el pérfido episodio de Mers-El-Kebir →



← En pleno combate, sobre la cubierta del acorazado inglés, el fuerte oleaje desplaza una escala que el marinero repone de nuevo

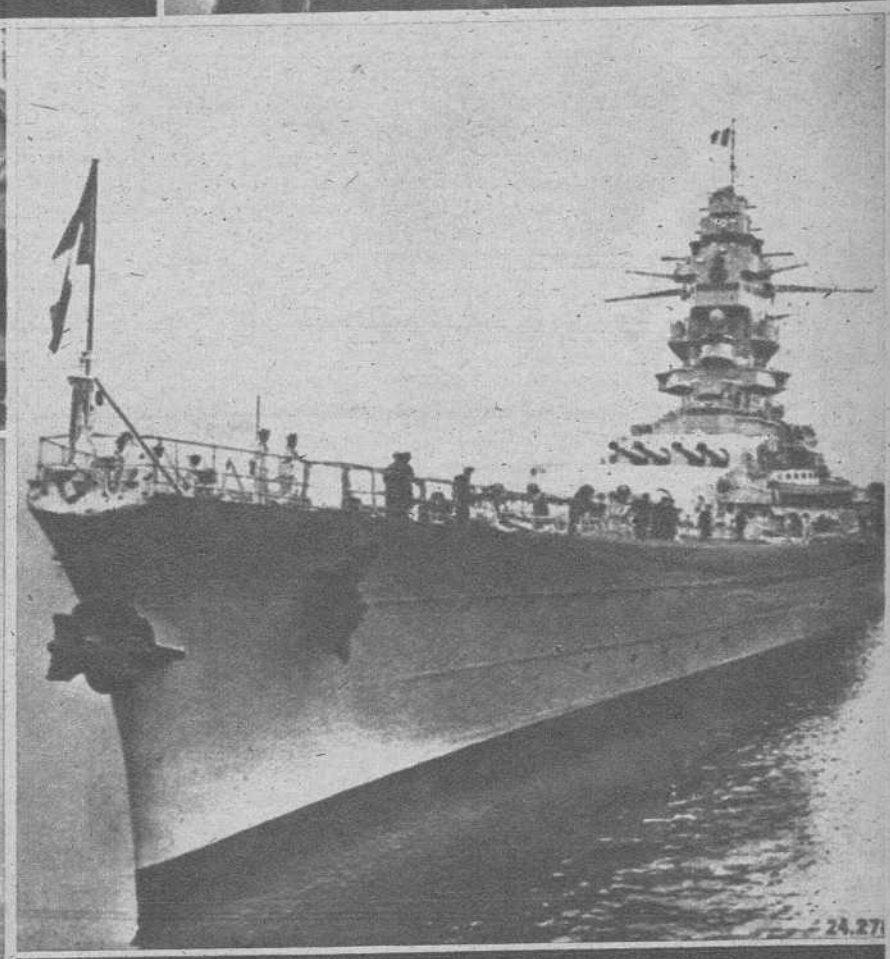
↑ Un oficial del «Dunkerque» observa por el sextante el efecto de los disparos

Guerra en el mar. Efecto de la explosión de una carga antisubmarina de la escuadra inglesa →

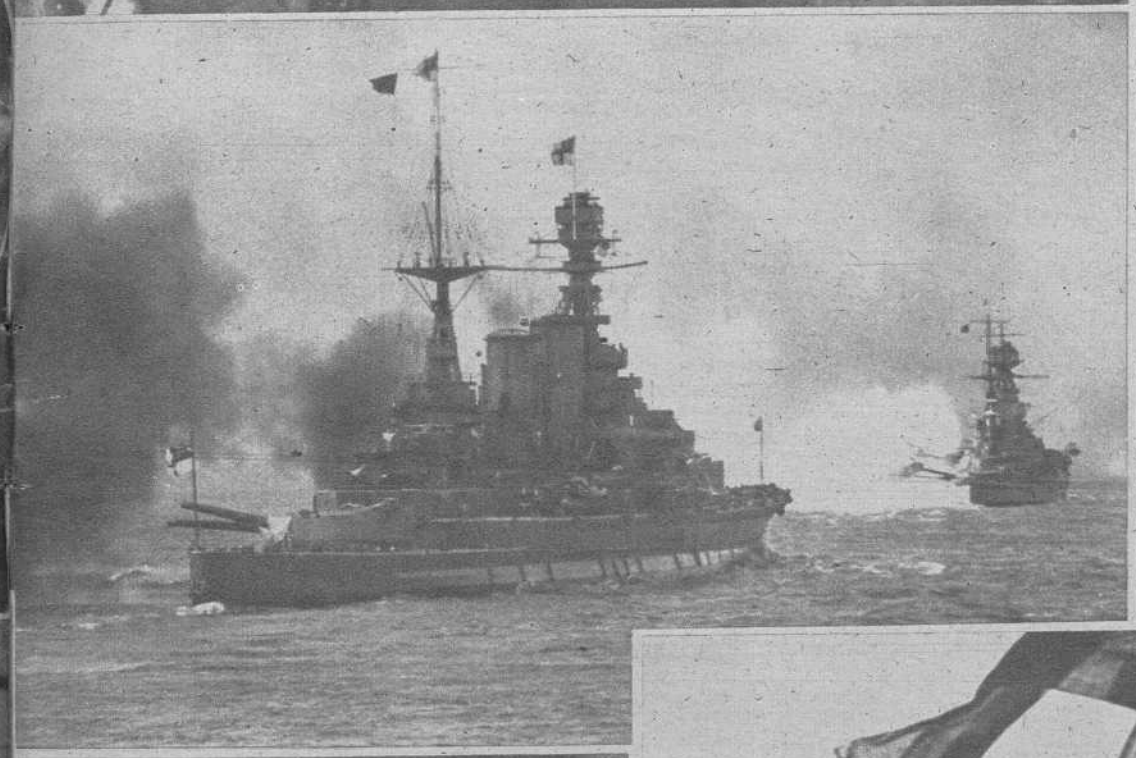


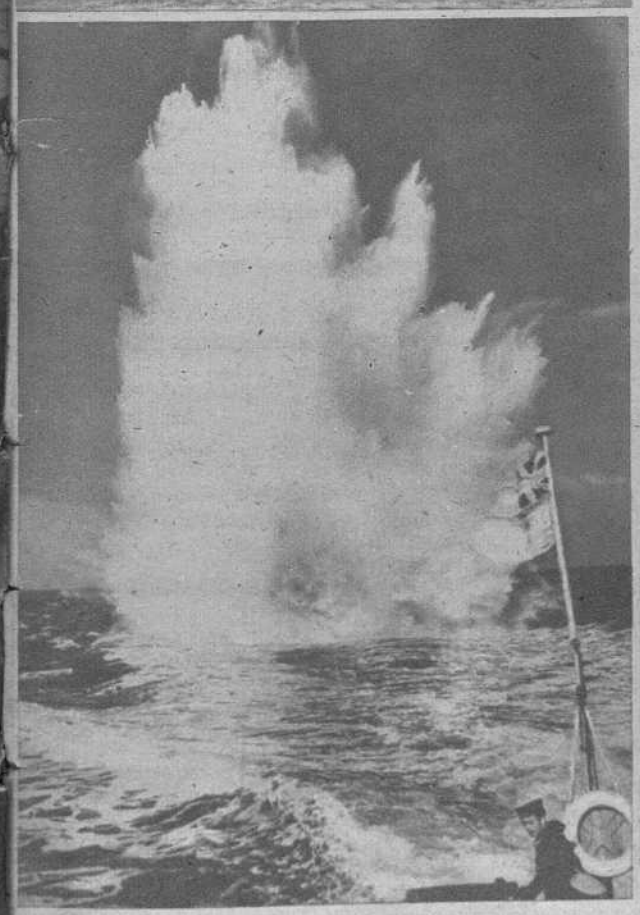
←Marineros franceses de un contratorpedero observan la posición de las unidades enemigas

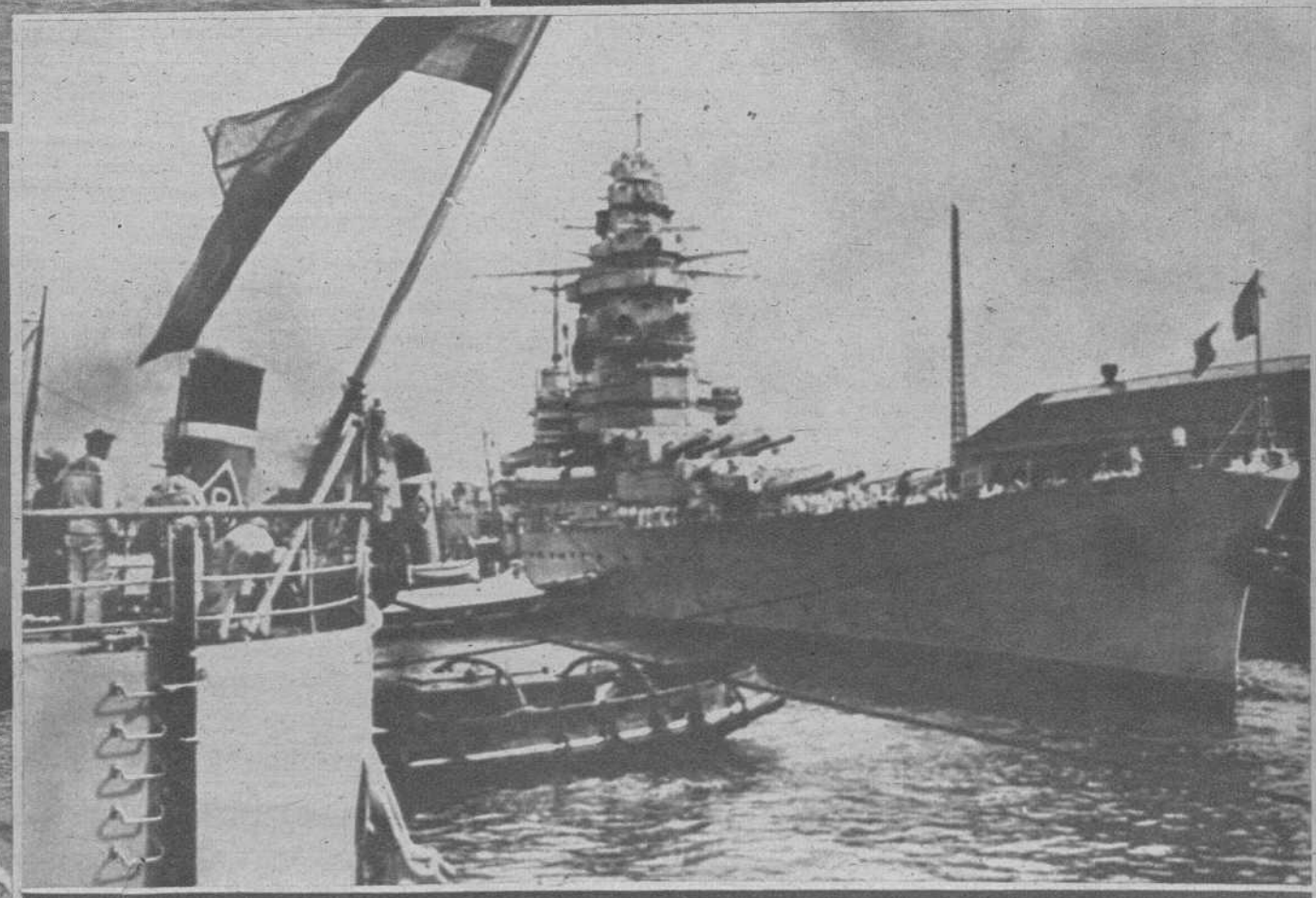
El puesto de mando del «Dunkerque», hundido en aguas de Orán por el brutal ataque de la flota inglesa→



El «Dunkerque», barco almirante de la escuadra francesa, echado a pique en la bahía de Mers-El-Kebir, por la flota británica







El «Strasburgo», atacado igualmente por los barcos británicos y que en unión de otros navíos franceses logró arribar a Tolón

UN CUENTO CADA SEMANA

UN niño

POR FRANCISCO de COSSÍO

ALONSO... Alonso...! ¡Jesús y Dios mío, va a acabar conmigo este hijo; no veo manera de hacer carrera de él!

—Es tan atento a la lectura que yo que vos le dedicaría a la Iglesia.

—El muestra más inclinación a las armas, pero, de cierto modo, porque cuando los demás muchachos juegan a las guerras, él quiere luchar contra todos. Y así viene el pobre algunos días, roto y maltrecho, cuando no descalabrado. No vivo sin él. ¡Alonso...! ¡Alonso...! Ni ve, ni oye, ni entiende...

Así hablaba doña Leonor, viuda de Quijano, yendo del pequeño estrado a la ventana, en tanto que su amiga doña Mencía trataba de tranquilizarla. Era doña Leonor una matrona robusta y bien proporcionada, vestida de negro, y a la que empezaba a blanquear el pelo por las sienes. La prematura viudez la había puesto en una edad indefinida, esa edad que moldean las tocas y los mantos. Sus pies menudos iban día a día dejando una huella de la iglesia a la casa, y era su única distracción, en el pequeño corralillo, cuidar de gallinas y conejos. Aparecía entonces doña Leonor con la saya doblada y en ella el trigo dorado y los tronchos de berza. Junto a los libros de oraciones y vidas de santos, solía tener doña Leonor algunos pliegos de romances y, de tarde en tarde, a la luz del candil, leía en alta voz ya las gestas de Amadís y de la Tabla Redonda, ya las de Carlomagno y los Doce Pares, o bien el romance de Zerbín moribundo, o el de Sacripante y Angélica. Alonso, en estos casos, se acercaba de puntillas a su madre y, casi sin ser advertido, se sumía en la penumbra, como si la realidad se hubiera disipado. Se abrían sus ojos desmesuradamente y se crispaban sus manos, siguiendo las incidencias del desafío de Oliveros y Montesinos por los amores de Aliarda. En el escritorio de la casa, junto a las crónicas e historias antiguas y un buen acopio de manuscritos en latín, había algunos libros caballerescos, muy en boga entonces, pero a los que doña Leonor ponía cierto reparo, como si en ellos presintiese un recóndito peligro. Desde la muerte del padre, el hidalgo Quijano, más dado al cultivo de las letras que al de la tierra, aquel pequeño escritorio, con su misteriosa estantería de libros, permanecía cerrado y era lugar de la casa al que todos se acercaban supersticiosamente. La llave de este santuario colgaba de la cintura de doña Leonor y, de tiempo en tiempo, a la mañanita, cuando aun la casa permanecía en reposo, entraba en él la señora para aliviar de polvo el bufete y los tejuelos y ver cómo languidecían las plumas en la salvadera. El pequeño Alonso, furtivamente, sin ser visto de nadie, llegaba a veces hasta la puerta y se detenía ante ella como atraído por un poderoso imán. Aquello para él era el pecado. Se decidía, al fin, y aventuraba su curiosidad por el ojo de la cerradura. Iba poco a poco disipando las sombras hasta descubrir en el fondo, aburridos de tedio, medio derrengados, los grandes librotes. ¿Qué fuerza de atracción tenían para Alonso aquellos libros? Y en la escuela se aplicaba a leer, con la ambición de poderlos leer algún día, como si en ellos estuviese reconcentrada toda la ciencia del bien y del mal.

La madre volvió a la ventana, gritando de nuevo el nombre del hijo.—¡Alonso, Alonso...! — Caía la tarde sobre la llanura y los cavones resecos parecían caminar hacia la línea negra de un olivar. Se había quedado sola doña Leonor. Un galgo rojiblanco, casi en esqueleto, alargó hacia ella el húmedo hocico, y, al tocarla la mano, la hizo estremecer. En la penumbra surgió tímidamente la

desmedrada figura de Alonso. Tenía como miedo de acercarse a su madre, y, al fin, lo hizo como el galgo, muy de puntillas, hasta que sus labios tocaron la frente de doña Leonor. Como Alonso no hablaba, la madre le acercó al cuadro de la ventana, para verle bien, derramando sobre su figura toda la luz de la tarde.

—Pero santo Dios, ¿qué ha pasado? Vas a matarme, a matarme...

Alonso buscó el regazo materno, y, pegado a él, trató de ocultar su desaliño. Pero lo grave no eran las desgarraduras y el barro, sino las heridas. Por las calzas caídas asomaba una rodilla en carne viva, y en la frente aparecía una contusión morada de la que manaba un hilillo de sangre.

—¿Pero qué has hecho, hijo mío? ¿Quién te ha maltratado de este modo? — Y dudó unos momentos entre zarandearle o recogerle amorosa, acabando por atraerle hacía sí, cubriendo su rostro de besos. — Vamos, hijo, vamos, que vea yo tus heridas y las restañe y cure... — Y le empujó suavemente hacia una estancia interior, mientras reclamaba a gritos una jofaina de agua y una botella de vinagre.

Alonso se dejaba llevar, sin atreverse a decir palabra. Era un muchacho tirando a rojo, como de doce años, alto y descarnado, y con los brazos y las piernas muy largos en proporción con el tronco. La barba muy fina, casi acabando en punta, la frente despejada, y los ojos grises, pequeños y penetrantes, por los que, de tiempo en tiempo, se veía pasar un resplandor. El dómine que le aleccionaba en las letras humanas y divinas había pronosticado: «Este Alonso Quijano es, ante todo, bueno; pero tan abstraído y fuera de sí, que yo pienso que acabará en gran santo o en gran loco.»

La madre le curó entre besos y lágrimas, le lavó cuidadosamente, y ella misma le acomodó en la cama, poniendo la señal de la Cruz sobre su frente. Salía por el oscuro pasadizo cuando, en el zaguán, descubrió al amigo Sancho, que aguardaba apoyado en el quicio, sin decidirse a entrar.

—¿Qué haces ahí, pequeño Sancho? Pasa, pasa, que tú me lo vas a contar todo.

Sancho era la imagen opuesta a Alonso. Gordo, achaparrado y rubicundo, la frente estrecha, los ojos muy pequeños como puntas de azabache, y el pelo al rape y muy fuerte, que parecía impregnado de carbón. Pero el pequeño Sancho no hablaba, y hubo de insistir doña Leonor.

—Yo sólo sé, señora — dijo Sancho — que le vi caer.

—¿De dónde?

—De lo alto de un árbol.

—¿Pero qué fué a hacer allí? ¿Trepó en busca de frutas o de nidos?

—Alonso no busca nunca nada. Lo que tiene lo da y lo que le dan lo desprecia. Yo le digo: guarda lo que tengas, que el guardar es de razón, y lo que hoy das mañana no lo tienes.

—Por esto me gusta que seas su amigo. Porque eres razonable. ¿De qué sirven las letras? Tú, hijo de labrador que no distingue la «a» de la «i», tienes ya más ciencia que Alonso, que es hijo de letrado. Pero acaba de decirme, ¿por qué subió al árbol?

—No pensó que era un árbol, sino una fortaleza. Tan vivamente lo cree que lo hace creer a los demás. Yo le gritaba: «Baja ya, amigo Alonso, que no es fortaleza, sino árbol, y aquí no están los Doce Pares, sino Sanchico»; pero él trepaba diciendo palabras de romance, hasta que se quebró una horquilla y cayó al suelo.

—¡Jesús! Pudo haberse matado.

—Todo milagro, señora doña Leonor, que de tanto ir con él ya no veo sino milagros por donde voy.

Desde muy chico tenía Alonso modales y maneras de caballero. Era afable con los humildes y respetuoso con los superiores, y cuando no se desataba a hablar, mezclando lo aprendido con lo inventado, y poniéndose en trance de desbarrar, callaba durante horas enteras dentro de sí mismo, abstraído y como fuera del mundo. —Despierta, hijo—solía decirle su madre. Y el dómine, cuadrándose delante de él con la correa al cuello y la regleta en la mano, no era extraño que interrumpiese su discurso y, tocándole con la palma en la cabeza, le dijera:

—¿A dónde íbamos, Alonso? Que no parece sino que estás fuera de las cosas.

Y así era en efecto. Alonso vivía fuera de las cosas. Aun las caballerías no habían prendido en su espíritu; pero ya en él las ideas caballerescas rondaban incitándole a las más extrañas aventuras. Su razón incipiente estaba al punto mismo de la sinrazón, y de ahí sus tránsitos inesperados de la realidad al sueño, y de lo normal a lo exaltado. Amaba sobre todas las cosas los cuentos de batallas campales, desafíos, encantamientos y nigromancias, y así, en torno suyo, iba creciendo una mitología maravillosa, con la que poblaba aquella llanura de su pueblo, tierras de la Mancha, en donde los hombres, pegados a la tierra, miraban como una locura inexplicable el vuelo de las cigüeñas.

El hidalgo Quijano tuvo un caballo que ya no estaba en la casa, pues se vendió a su muerte. Mas en el recuerdo de Alonso estaba este caballo como instrumento de afirmación y dominio a todo lo ancho del mundo. Cuando él fuese mayor tendría un caballo. Su amigo Sancho, en cambio, poseía un borriquillo. Husmeando en las lindes les veía llegar a los dos muchachos, y el borriquillo corría para que no le alcanzasen. Esta persecución era para Alonso una de las mayores diversiones. Le alcanzaba, al fin, y mientras Sancho le sujetaba, trepaba sobre él Alonso, y ya suelto, el borriquillo emprendía un galope desenfrenado hasta dar con el jinete en tierra. Así, de tanto golpe y tanta caída, se le fueron haciendo los huesos duros. Alonso aprendía, sin darse cuenta, que el soñar impone grandes sacrificios.

Doña Leonor cayó enferma, sin que el físico supiese a ciencia cierta lo que era aquello, ni los remedios de lanceta que explicó el barbero sirviesen para maldita la cosa. Vino también el cura, hombre grave que mezclaba refranes con latines, y doña Leonor se dispuso a morir, como buena cristiana que era.

—No siento sino dejar solo y desamparado a este hijo—decía.

Y los fieles criados y amigos prometíanla cuidarle y atenderle. Al atardecer del último día le llamó doña Leonor junto à sí. Alonso, con los ojos muy abiertos, sin penetrar del todo en el dramatismo del instante, contemplaba a su madre, como si quisiera descorrer un misterio. El sol se ponía tras de las bardas del corral, y por la pequeña ventana de cristales empolvados se veía la llanura inacabable, áspera y sedienta.

—Vas a quedarte sin madre, hijo, y solo en el mundo. Tienes amigos y criados que te cuidarán hasta que seas hombre. Tu hacienda, aunque escasa, puede ser suficiente para que vivas sin ser gravoso, como corresponde a un hidalgo que lleva de apellido Quijano. Sé bueno, aplicado y temeroso de Dios, y, cuando los pensamientos se te vayan del mundo, acuérdate de mí. Vives muy distraído, Alonso; vas a cumplir trece años, y yo creo que estás en edad de dejarte de fantasías y juegos banales y volver a la razón. Posees tierras que cultivar, y si lo haces, acrecentarás tus caudales; mas si te obstinas en los libros no tomes los de imaginación sino como recreo, y guíate del cura y del dómine para aprender lo que ellos digan. ¿Me oíste bien, Alonso?—Le acercó luego hacia sí, y le dió un beso largo, que iba a ser el último. Alonso, en realidad, no la había oído. Abstraído en el misterio de la muerte, respiraba más bien que oía las palabras.

Aquel vacío de la casa era para Alonso indescifrable. Recorría las estancias, palpaba los muebles y las telas, salía al corralillo, y quedaba absorto ante los pequeños animales domésticos, y, buscando aun mayor soledad, entraba en los graneros y cuadras, y, ante el pesebre, que aun conservaba olor a paja húmeda, pensaba en cuál sería su caballo, que había de emular un día las glorias y conquistas de los más famosos caballos de la Historia. Todo estaba abierto para su recreo y vagar, menos la misteriosa estancia de los libros. Hubiera querido pedir la llave de aquella pieza que era suya, pero no se atrevía. Era una especie de pudor, como si de ello le fuera a venir un maleficio.

Una mañana descubrió entreabierta la entrada. Hizo girar levemente la puerta, y entró. No eran muchos los libros, pero a él le parecieron innúmeros, y, tímidamente, comenzó a leer los tejuelos. El sol que entraba en franja por la pequeña ventana arrancaba brillos de oro a las letras, y así Alonso fué siguiendo, parejo con el sol, los finos trazos góticos. Allí, Roldán y Reynaldos, y Urganda y Viviana, y la Serpiente Pitón y la Hidra de Lerna, y Roldán y Ferragús, y el Jardín de Falerina, y el yelmo de Mambrino y la armadura de Argalia... Alonso estaba fascinado. Sacaba libros y los hojeaba con voracidad, y todo con miedo, como si su madre fuese a resucitar, y le sorprendiese violando aquel secreto. Se apoyó después en el alféizar de la ventana, sobre el corralillo, y quedó largamente contemplando la llanura. ¡Qué vasto y llano era el mundo! Y recordó un romance que oyó leer a su madre:

Mis arreos son las armas,
mi descanso es pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.

A la tarde, a la salida de la escuela, se apartó de sus compañeros, y solo con Sancho, se perdió en la soledad de un camino. Sancho le seguía con la fidelidad de un lebrel.

—Y bien, Sancho — le dijo Alonso —, si yo un día me echase al mundo a buscar aventuras, ¿tú querrías ser mi escudero...?

Sancho le miró largamente, sin acabar de comprenderle.

—Yo conquistaría siempre algo para ti. Los escuderos llevan una parte.

A Sanchico se le humedecieron los ojos, y siguió caminando sin decir una palabra.

FIN

(Ilustraciones de USA)

fotos

PANTALLA

Marlene DIETRICH ya no es mujer "fatal"

Una ola de arrepentimiento parece haber llegado hasta las que, hoy por hoy, estaban consideradas como las primeras mujeres fatales del cinema. Como si se hubieran puesto de acuerdo para competir en otros terrenos del arte, las que ya se han disputado la supremacía en el bonito deporte de entornar los ojos perversamente para torcer el destino de los hombres ingenuos y precipitarles en los abismos sin fondo de las pasiones torturantes, abandonan de repente todos los resortes de su vampirismo y lanzan desde la pantalla sus claras y nuevas risas, bien distintas de las sonrisas a medio hacer, entornadas y misteriosas, que tanto Greta como Marlene han prodigado a lo largo de su ya larga carrera cinematográfica.

La noticia de que una nueva Greta aparece en «Ninotchka» ha sido seguida, casi inmediatamente de la noticia de que una nueva Marlene aparece en «Destry», la última película hecha en Hollywood por esta estrella singular que hace diez años, llevada por ese hombre de bigotes marchitos que es Joseph von Sternberg, se hizo célebre en el mundo de sueños del celuloide por su interpretación en «El ángel azul».

¿Y qué clase de película es «Destry»? Pues «Destry» es—asómbrense ustedes—una película de «cow-boys». Marlene será, efectivamente, la protagonista de una de esas cintas del Oeste americano en las que los caballos aventajan en velocidad a los trenes más rápidos y en las que los intrépidos vaqueros liquidan a tiro limpio sus pequeñas cuestiones empleando esas pistolas mágicas que sólo se fabrican en el Far West y que pueden disparar trescientas veces seguidas sin necesidad de reponer el cargador. El papel de Marlene será el de «animadora» de un café en el que los infelices aventureros se dejan robar el dinero con barajas marcadas y ruletas con «truco».

Hacía ya algún tiempo que Marlene estaba un poco cansada de sus miradas engañosas, de sus actitudes indolentes y de tener que fumar a todas horas, ya que no se concibe una vampiresa auténtica sin su correspondiente cigarrillo. Ella quería mostrar su temperamento en otros papeles bien distintos de los que le han adjudicado hasta ahora. Pero su ideal no era precisamente una película de «cow-boys». Si la Dietrich ha aceptado su participación en «Destry» se debe exclusivamente a un hombre que se llama Joe Pasternak. Joe Pasternak es el «descubridor» de Diana Durbin. Desde ahora es también el «descubridor» de la nueva Marlene. La tarea no ha sido sencilla, ni mucho menos. Cuando Pasternak le propuso, sin el menor preámbulo, el asunto: —«¿Quiere usted hacer el primer papel en una película de Far West?—la Dietrich le respondió simplemente: «Es usted ridículo, señor mío». ¡Qué atrevimiento, en efecto, el hacer esta proposición a un actriz célebre en el mundo enterò por sus cualidades emocionales!

Pero no contaba Marlene con la tenacidad de Joe Pasternak. El teléfono de la estrella empezó a sonar con una monotonía insoportable. Y era siempre Joe Pasternak, añadiendo a cada llamada una nueva variante a su tema insensato... que poco a poco iba pareciendo menos insensato. En las comunicaciones siguientes añadió nuevas seducciones: escenarios magníficos, música especialmente compuesta, indumentaria de una riqueza desconocida. Y como último golpe de efecto el retorno del «french cancan», su inolvidable éxito dentro del éxito de «El ángel azul». Marlene cedió al fin a las bellas palabras de Joe Pasternack y aceptó el papel. Su capitulación es al mismo tiempo un acto de deserción, un punto final a la Marlene mixtificada y aristocrática de 1930.

Desde las primeras escenas, la Dietrich descubrió mil razones para felicitarse. «Destry» es una humorada brillante y alegre, una deliciosa sátira de todos los films de Far West.

«Destry» es, pues, el punto de partida de una nueva y en extremo interesante carrera para Marlene. Rodeada en el reparto de actores tan distintos como Brian Donlevy, Mischa Auer, Una Merkel, Charles Winniger, Allen Jenkins y Jimmy Stewart, la Dietrich tiene ahora ocasión de revelar todo su talento. Esperemos de él que la nueva Marlene supere a la que ya conocemos y que no tenga ya necesidad, de ahora en adelante, de enviar más caballeros a la desesperación y al suicidio.

ALBERTO ARENAS

Marlene Dietrich, que en su próximo film «Destry» se mostrará en un aspecto nuevo y absolutamente distinto del que la ha hecho célebre

Teléfono 26 Telegramas: SATA

SATA

Sociedad Aceites Tortosa Aragón S. L.

DESPACHO Y ALMACENES:

PLAZA ALFONSO XII, NUM. 4

CAMPOMANES, NUM. 4

TORTOSA

A. Pedrol Griño

CONTRATISTA DE OBRAS

*

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

*

DESPACHO: CAMPOMANES, N.º 16

TORTOSA

TELÉFONOS 229 Y 191

DESTILERÍAS

ISMAEL HOMEDES

LICORES
COÑACS
ANISADOS

APARTADO NUM. 20
TELEFONO NUM. 6

TORTOSA

COMERCIO Y ALMACENES AL POR MAYOR DE DROGAS - COLONIALES COMESTIBLES - PINTURAS

Hijo de V. Peralta

CASA FUNDADA EN 1884

Rambla de Cataluña, 74 TORTOSA

DETÉNGASE ¡LLEVA USTED LA DIRECCION CAMBIADA!

El camino para...

GANAR MAYOR SUELDO y MEJORAR SU SITUACION

sin abandonar su trabajo, puede usted conseguirlo estudiando en su casa uno de nuestros CURSOS TÉCNICOS de Ingeniería Mecánica, Ingeniería Eléctrica, Ingeniería de Vapor, Ingeniería de Motores, Ingeniería de Vías Férreas y Carreteras, Ingeniería Civil, Ingeniería Hidráulica, Ingeniería de Construcción, Motores Diesel, Matemáticas y Dibujo, Química, Topografía, Cultura general, Alemán, Francés, Inglés, Comercio, Radio.

PIDA FOLLETOS AL

CENTRO INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA

Avenida José Antonio, 47, MADRID. — Apartado 656

Sírvase llenar el siguiente cupón y recibirá amplios informes sobre el curso que le interese, sin compromiso alguno por su parte:

Nombre y apellidos .....

Edad .....

Calle .....

Localidad .....

Provincia .....

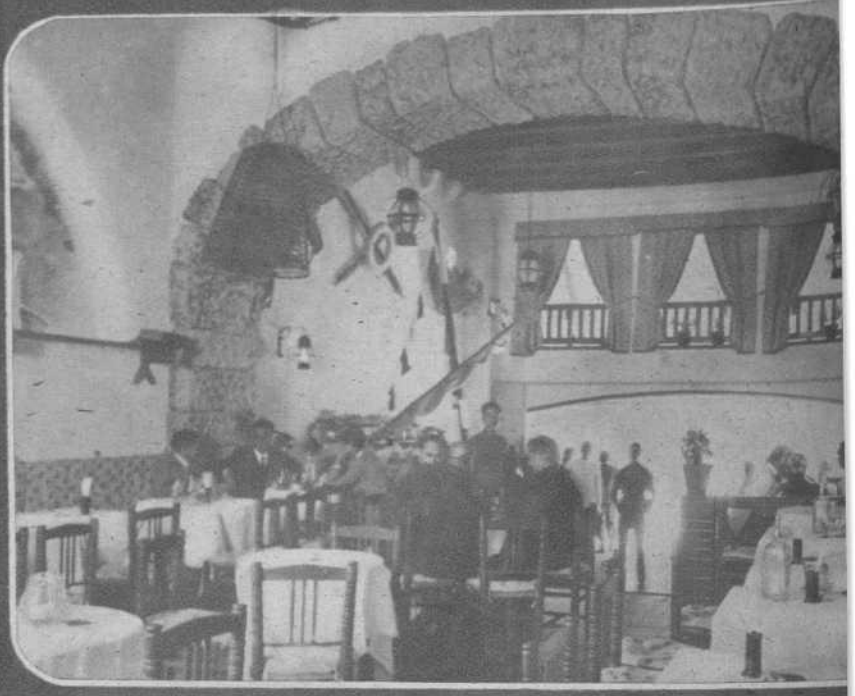
Especialidad que desea estudiar .....

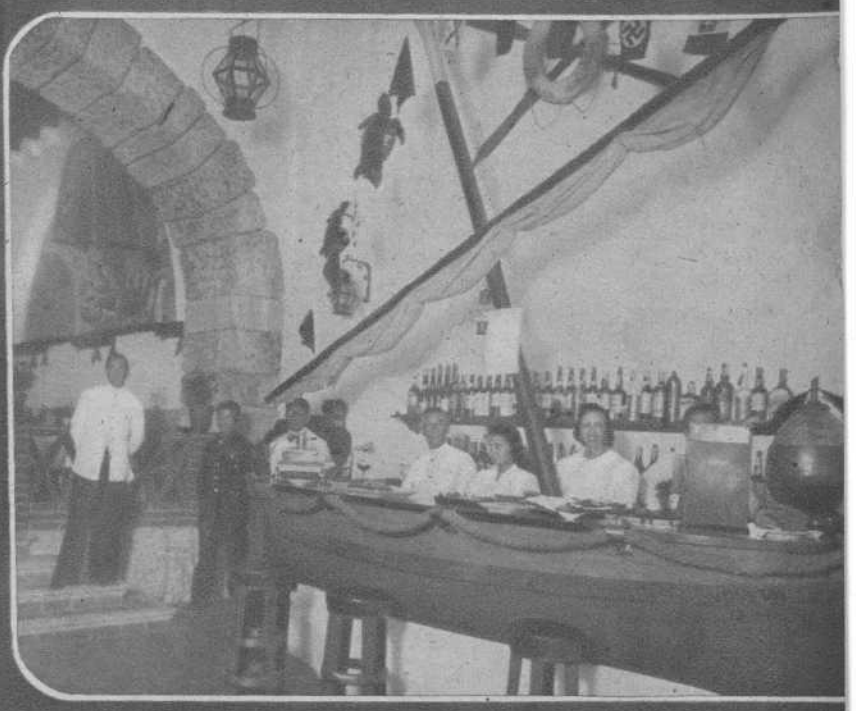
(50-40)

TALLERES DE PRENSA GRÁFICA, S. A., Hermosilla, 73. Teléfonos 56164 y 56165. MADRID

La "POSADA del MAR"

Dirección técnica y artística: JUAN SALVA
Pintura y decoración: JOSE LAZARO
Mobiliario y carpintería: SOTERO FORRIOL
Electricidad e iluminación: HERMENEGILDO MORALES
Aparatos de servicio: INDUSTRIAS METALURGICAS
Fotografía: Rafael *Epígrafes: Piñero* *Propaganda: Cuevas*





Trailer

LA «Posada del Mar» no es el título de una película más, ni el de una comedia lírica ni siquiera el de un folletón sobre la vida aventurera de los «lobos de mar». La «Posada del Mar» no pertenece al campo de la inventiva novelesca, ni al de la fantasía cinematográfica. Dentro y detrás de su nombre no hay misterio, intrigas ni aventuras.

La «Posada del Mar» es la realidad viva, la quimera hecha suceso, la ilusión conseguida.

Es todo esto, y además algo tan extraordinariamente maravilloso por su sencillez, que su nombre dice — sin eufemismos ni extranjerismos de ningún género — todo cuanto representa: Una posada junto al mar, rebosante de marinero tipismo; en ella se come bien, se bebe mejor, y se reparan las fuerzas perdidas, al tiempo que el ánimo abatido por las fatigas, el placer o la tristeza, se solaza con el encanto de poesía de este bello aposento.

Esta «Posada del Mar» es un bello y quimérico rincón de mar Mediterráneo, puesto, por arte taumatúrgico, a la orilla de este otro mar urbano y proceloso, que es nuestra Gran Vía madrileña. En su interior no esperes encontrar la emoción de ningún suceso extraordinario, ni la sorpresa de un hecho insólito. En esta posada todo es plácido, sencillo y alegre. Hay un servicio esmerado, una buena mesa de limpio mantel, un buen yantar y una rica y varia bodega. Su ambiente es nuevo; mas no hay en él modernismos ni estridencias. Allí el espíritu se recrea en una decoración que evoca la plácida alegría de nuestras costas mediterráneas, y que nos ayuda a mantener vivo el recuerdo del mar a los que vivimos en esta meseta castellana, tan lejos de él...

Los que han realizado la «Posada del Mar»

Antes de cerrar este breve reportaje queremos consignar la labor efectuada por los industriales que han prestado sus aportaciones a la realización de esta obra, y que han puesto al mejor logro de la consecución total del proyecto del señor Salva sus valores profesionales.

Los trabajos de pintura y decoración han sido hechos por el gran artista decorador don José Lázaro, García Paredes, 9, el cual ha dejado de relieve en muchas ocasiones sus altas dotes artísticas y su acertada orientación moderna en las decoraciones de un gran número de obras.

José Lázaro une a sus magníficas aptitudes industriales un gran temperamento artístico, que se manifiesta en distintas modalidades, de la que se destacan, a más de las expuestas, su doble personalidad como artista de variedades, en la que ha cosechado grandes triunfos con sus creaciones humorísticas y logrado una bien merecida popularidad. En esta última actuación, como decorador, ha obtenido un nuevo acierto, que hay que añadir a su ya larga lista de éxitos.

Al favor dispensado a la «Posada del Mar» por el público madrileño, ha contribuído eficazmente la original nota lograda con lo típico de su mobiliario. Los trabajos de ebanistería y carpintería son factores destacadísimos del establecimiento que nos ocupa, y la ejecución de los mismos ha sido llevada a cabo, con toda maestría, por la Casa Sotero Forriol, Almendro, 9. Treinta años de vida cuenta esta industria. Durante este largo período, la Casa Sotero Forriol ha realizado una actuación brillante, seria y destacada. La permanencia acredita por sí sola. El adjetivo sobra. Esos treinta años de trabajo y vida industrial son el más elocuente elogio que cabe hacer de la labor llevada a efecto por el señor Forriol. Por si ello no bastara para dejar sentada una vida de pleno éxito comercial, hablan en su favor algunos de los trabajos últimamente terminados: Obras de ampliación y mobiliario del Hospital Provincial y sus Laboratorios, Biblioteca del Instituto de San Isidro, Filosofía y Letras y Restaurante Condestable. Actuación profesional que sitúa a esta Casa en puesto preferente dentro de la industria de la construcción.

Entre los distintos elementos que avalan en la actualidad toda instalación está el del alumbrado. La luminotecnia ocupa hoy día un primer plano en el arte decorativo.

En la «Posada del Mar» estos trabajos han sido ejecutados por un industrial tan competente en el ramo como don Hermenegildo Morales, Salvador Molina, 34.

No podemos hacer aquí, en la breve reseña que nos está señalada, una exposición minuciosa de lo que ha sido la línea profesional trazada con su actuación por el señor Morales en su larga carrera de técnico electricista, limitando nuestro cometido a indicar los últimos trabajos hechos por él recientemente: Sastrería Flomar, Restaurantes Ilegul y Condestable.

Los aparatos del servicio de Café-Bar instalados en la «Posada del Mar» son de fabricación nacional y han sido construídos por «Industrias Metalúrgicas», de Madrid, en sus talleres de Zurbano, 51.

A esta entidad le ha sido encomendada esta instalación, por ser una de las más acreditadas, y por la pericia y técnica puestas en la fabricación de todos sus aparatos, que coadyuvan eficazmente al rendimiento y duración de los mismos.

Entre sus especialidades se destacan la magnífica «Cafetera Dryana», «Ideal Exprés» y la construcción de mostradores de modelos especiales para Bares y Cafés.

De las últimas instalaciones efectuadas por «Industrias Metalúrgicas» figuran las de los Cafés Calatrava, Cervecería Tropical y la de los salones Clarisol, Ibiza, Marisel y Aquarium.

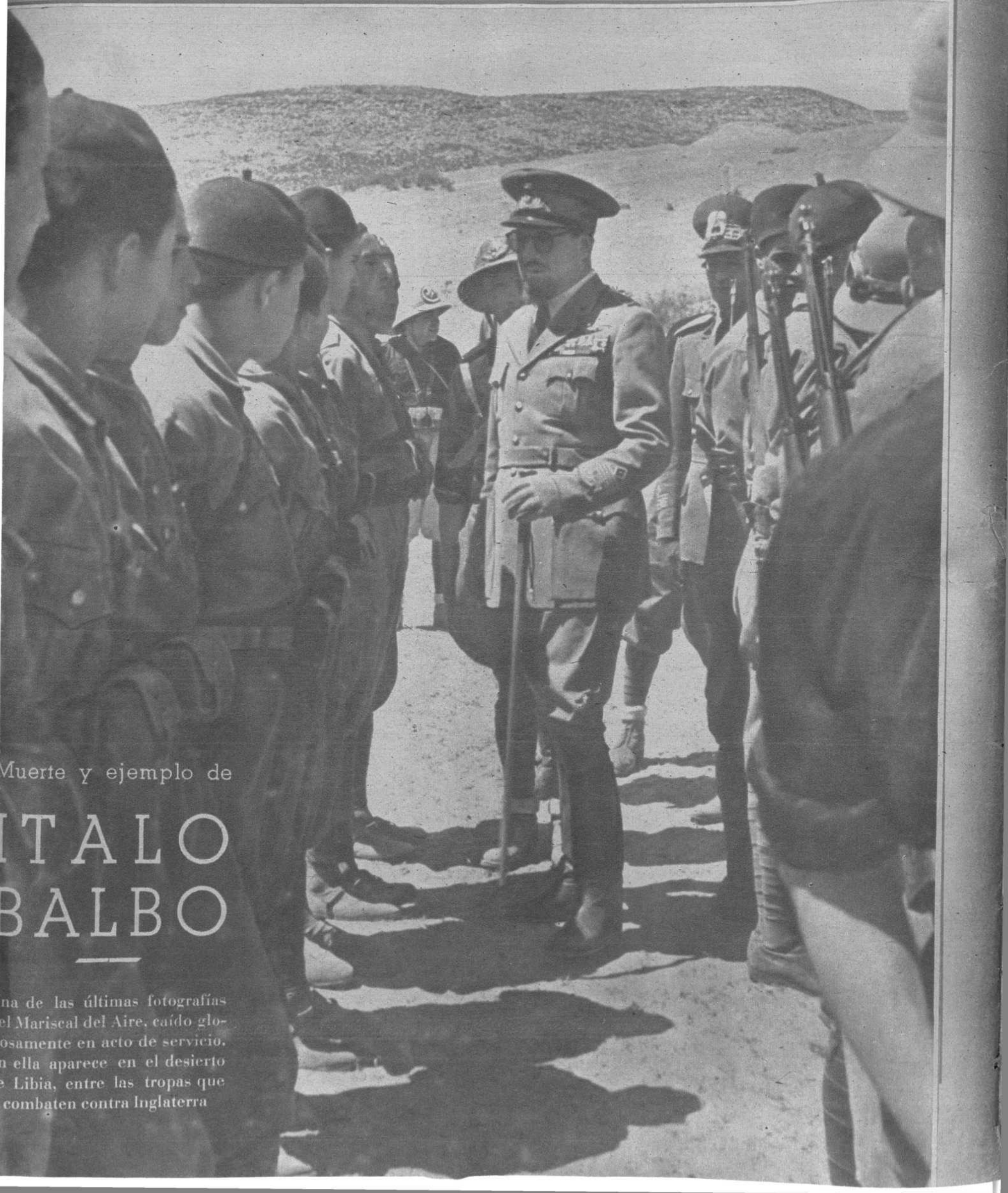
Y, por último, consignaremos que el abastecimiento de pescados a la «Posada del Mar» está hecho por Pescadería San Martín, Corredera Baja, 9; teléfono 24206.

Un detalle del mostrador de la «Posada del Mar». Al fondo, la cafetera «Ideal Exprés», de «Industrias Metalúrgicas»

Fotos

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

REDACCION Y ADMINISTRACION
AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 31
TELÉFONOS: 26520 y 26529
MADRID



Muerte y ejemplo de

ITALO BALBO

Una de las últimas fotografías del Mariscal del Aire, caído gloriosamente en acto de servicio. En ella aparece en el desierto de Libia, entre las tropas que combaten contra Inglaterra